

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
SERIE ★ ALFA

# LA MUJER DE LAS DOS CARAS



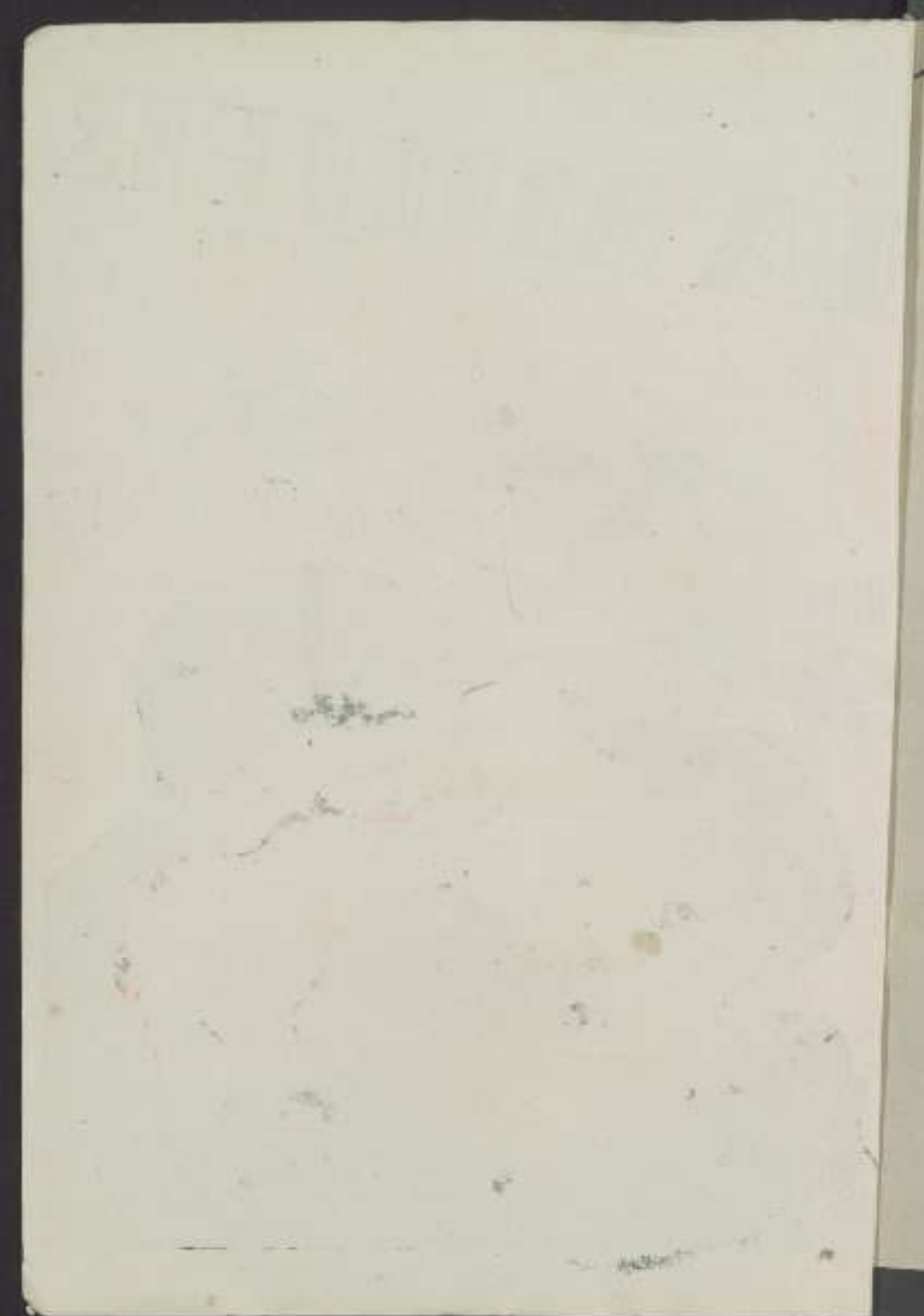
MELVYN DOUGLAS

GRETA

*Garbo*



Editorial  **Alas**



g. Cukor



Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS Y SALA

Valencia, 234 - Teléfono 70687

BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VEDDAGLIER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:  
Valencia, 234 - Aparición Correo 707 - Tel. 70187 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbieri, 16, Barcelona-Tel. 17, Madrid

EDITORIAL  
**"ALFA"**



AÑO: XVIII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
SERIE **ALFA**  
NUM. 70

NUM. 820

## LA MUJER DE LAS DOS CARAS

LA nerviosidad y agitación de la vida neoyorquina lleva al rico editor Larry Blake a una estación de invierno para hacer una cura de reposo, y allí se inicia un agitado idilio con la interesante y austera profesora de esquí, a la que **Greta Garbo** presta todo su encanto personal y talento de gran actriz. Cuando la acción se traslada a Nueva York encontramos a la hermana gemela de aquella profesora, interpretada por la misma **Garbo**, fascinadora dama, a los pies de la cual caen rendidos cuantos la tratan. El complicado asunto halla una graciosa y lógica solución.

PRODUCCION:



Calle de Mallorca, 201

**BARCELONA**

# PRINCIPALES INTERPRETES

---

|                                  |                       |
|----------------------------------|-----------------------|
| <i>Karin</i> . . . . .           | <b>Greta Garbo</b>    |
| <i>Katherine</i> . . . . .       |                       |
| <i>Larry Blake</i> . . . . .     | <b>Melvyn Douglas</b> |
| <i>Griseida Vaughn</i> . . . . . | Constance Bennet      |
| <i>O. O. Miller</i> . . . . .    | Roland Young          |
| <i>Señorita Ellis</i> . . . . .  | Ruth Gordon           |
| <i>Señorita Dunbar</i> . . . . . | Frances Carson        |

---

Director:

**GEORGE CUKOR**

---

---

Narración literaria de  
**Marcos Estrada**



# La mujer de las dos caras

RESUMEN ARGUMENTO  
DE LA PELÍCULA

## UNA CURA DE REPOSO

**E**l sistema nervioso de Larry Blake ya no podía resistir más. Una editorial importante como la suya requería la ayuda de alguien enérgico e inteligente; pero su socio, O. O. Miller, a quien no sobraba el talento, y su secretaria, señorita Ellis, a quien sobraba buena voluntad, no le aliviaban mucho en la tarea de la edición de la revista «Tides», que era su orgullo personal. El organismo humano tiene un límite, y el de Blake cedió ante el «surmenage» llevado a cabo durante meses y meses.

El doctor prescribió un descanso absoluto. Alejamiento completo del centro donde tenían lugar sus actividades, y esto por algún tiempo,

hasta que los nervios recuperaran el perdido equilibrio.

¿Dónde ir?, se preguntó Blake ante la terminante orden del doctor.

En algún refugio de montaña, le sugirió alguien. Y convencido de que la marcha era inevitable, partió hacia Idaho dispuesto a aburrirse unas semanas y luego regresar a Nueva York para reanudar la tarea interrumpida.

El viaje no resultó desagradable, aunque poca cuenta se dio Blake del paisaje; absorbió su pensamiento en lo que dejaba, haciendo memoria de si había encargado esto y aquello para que la revista no perdiera ninguno de sus atractivos y no se notara su ausencia en la presentación.

Llegado que hubo en el alto pico

de Idaho, entró en el refugio que respondía al nombre de Snow Lodge; estaba temblando de frío, y el temblor aumentó al darse cuenta de la cantidad de heridos que había en el vestíbulo.

Un joven cruzaba la estancia con muletas y una pierna vendada. Otro descansaba en un sofá con un brazo escayotado; algunos llevaban la cabeza vendada. Sorprendióle de momento el aspecto de todo aquello, pero recordando que aquel lugar era un gran centro de esquiadores, no le dió mayor importancia.

El ceremonioso administrador del hotel se acercó a Blake al verle entrar.

—Buenas tardes, caballero. Le aseguro que Snow Lodge no tiene nada que envidiar al Polo Norte. ¿Tal vez al señor le gustaría tomar algunas lecciones de esquí?

—¿Yo, esquiar? No, muchas gracias. He venido aquí para descansar, no para aumentar esa lista de heridos—y al decir esto dió una mirada a los que estaban en la habitación.

Quedó el administrador un poco decepcionado al pensar que aquel señor sin esquiar se aburriría enormemente en Snow Lodge y no le interesaba alojar gente que luego fueran a explicar que aquello era aburrido.

Blake se había quedado mirando el paisaje nevado a través de una ventana, desde donde divisó a una gentil esquiadora.

—¿Quién es esa muchacha?—preguntó Blake.

—La señorita Borg, la mejor profesora de esquí que tenemos—contestó el administrador, diligente.

La experiencia de aquel hombre lo hizo ver que Blake empezaba a interesarse por los deportes de nieve.

—Entonces si al señor no le interesa esquiar, ¿tal vez le gustaría un paseo en «sleigh»?

Blake, que no había apartado los ojos de la ventana, se volvió hacia su interlocutor.

—¿Qué me ha dicho usted de esquiar?

El administrador estaba perplejo e iba a decir algo, pero Blake le interrumpió:

—¡Para mí sólo existe un deporte... el esquí!

Equiparse de esquiador y buscar a uno que le iniciara en el deporte, no fué cosa difícil. Al poco rato Blake pisaba la nieve en busca de la señorita Borg, para que le diese clases particulares.

El instructor y el neoyorquino iban ascendiendo la montaña lentamente, porque éste no se entendía de ninguna manera con los esquís.

## LA MUJER DE LAS DOS CARAS

El viaje fué pesado, y de no haber sido porque la curiosidad de ver de cerca a la profesora le impulsaba, a mitad del camino, Blake hubiese abandonado la empresa. Al cabo de un buen rato llegaron a las pistas, donde había varios esquiadores escuchando atentos las instrucciones que les daba una esbelta señorita, muy bien equipada para moverse en aquel frío paraje.

—Allí está la señorita Borg—dijo el acompañante de Blake—Esperé usted un momento que voy a llamarla.

Se acercó el profesor a la instructora, quien absorta como estaba con sus alumnos, no se había dado cuenta de los dos hombres que habían llegado y se asustó al oír que alguien le llamaba.

—Karin, yo me haré cargo de sus alumnos.

La joven interrogó con la vista a su compañero. ¿A qué obedecía semejante proposición?

—El señor Blake quiere lecciones particulares. La felicito.

—¿Quién es el señor Blake?—preguntó, indiferente.

—Le aseguro que no es uno de tantos. Es el editor del «Tides», y ha pedido especialmente por usted.

La conversación se había llevado en voz baja y los comentarios del

profesor no habían llegado a oídos de Blake, como es de suponer.

Esperando el resultado de la conferencia, Blake, sin darse cuenta, se había aproximado mucho al cable del telesquí, uno de sus bastones se enredó con la silla mecánica y le arrastró hacia abajo. No pudo contener un grito de alarma, y Karin al darse cuenta de lo que podía ser aquello, dio orden de que pararan el motor.

—¡Pare la marcha inmediatamente!

Cesó el movimiento de los cables al instante.

—Ahora haga marcha atrás!—dijo Karin con la autoridad de un capitán de barco.

Retrocedió la sillita mecánica y el novato esquiador pudo saltar de aquel vehículo que le había arrastrado contra su voluntad. Al encontrarse frente a frente con la joven que tanto le había interesado, para disimular exclamó:

—Jamás hubiese creído que el deporte del esquí podía llevarle a uno a la horca. Me parece que me ha salvado de un desgraciado accidente.

En realidad, Karin apenas podía contener la risa, porque las muecas y gestos del editor mientras iba y venía en la silla colgante habían sido bastante ridículas.

—Soy Larry Blake, señorita, y quiero que usted me enseñe a esquiar.

—¿Ha esquiado usted alguna vez?

—No; soy terreno virgen; puede usted enseñarme a su manera.

Al decir esto, Blake perdió el equilibrio y por poco cayó al suelo.

—Lo primero que debe aprender el esquiador es a conservar el equilibrio.

—Oiga, señorita, ¿no podríamos ir a cualquier parte para charlar un rato, lejos de todos estos esquiadores?

—No me dedico a otra cosa que a enseñar a esquiar, y lo hago muy en serio.

\* —Le advierto que yo también soy muy serio, pero esos esquiadores me cohiben.

—Muy bien; subiremos a la pista superior—dijo Karin, sonriendo interiormente.

—¿Vamos a subir andando?—preguntó Blake, azorado.

—No; utilizaremos el telesquí... ¡Silla!—gritó Karin.

El motorista que cuidaba de este servicio, mandó la silla hacia donde estaban aguardando. La velocidad de las sillas colgantes no era extraordinaria, pero hacía necesaria cierta práctica para poder sentarse en ellas aprovechando la breve parada que

hacían ante el presunto ocupante. Como era de esperar, Blake no supo cogerla a tiempo y para evitar el ridículo dijo a Karin:

—Me sentaré en la próxima, parece más cómoda.

No contestó la profesora, pues demasiado bien comprendía lo que le ocurría al nuevo alumno.

Karin montó en otra silla y al poco rato estuvieron en la segunda pista.

—Ahora andaremos hasta aquella meseta, para poder descender—dijo la profesora.

La torpeza de Blake era extraordinaria. Cuando no tropezaba con los esquís se enredaba con los bastones y no habla manera de ponerle en marcha.

—No, no, no, lo hace usted bien. Pruebe de subir tal como lo hago yo, colocando los esquís en posición abierta hacia adelante y cerrando el ángulo detrás. Así alternadamente.

Karin demostró prácticamente la regla que acababa de explicar y el discípulo intentó seguirla, sin lograrlo. Pero, extenuado, y exclamó:

—¿Qué haremos al llegar a la cúspide?

—Bajaremos.

—No le veo la gracia. Subimos, bajamos... ¿Adónde conduce esto?

—Señor Blake, si a usted no le

Interesa esquiarse puede buscarse otro entretenimiento.

—¡Claro que deseo esquiarse! Empezaré tan pronto haya reaccionado.

Al pronunciar estas palabras, sacó una botella plana del bolsillo del pantalón y bebió un trago.

—¿Usted gusta?—preguntó a su austera profesora.

—Muchas gracias; nunca bebo.

—Entonces, ¿cómo se las arregia para conservarse en calor?

La profesora miró a Blake con absoluta indiferencia ante lo que ella consideraba una tontería.

—¿Quiere fumar un cigarrillo?

—No, gracias.

—Cómo, ¿tampoco fuma?

Karin negó de nuevo con un movimiento de cabeza.

—Oiga usted, señorita, esta tarde puede darme lecciones usted, pero por la noche será yo quien la instruya. Empezaremos para ir a bailar...

—No bailo.

—Pues... ¿qué hace usted?

—Esquí.

Pronunciar esta palabra y lanzarse montaña abajo fué cosa de un instante. Blake perdió la serenidad y el equilibrio, emprendiendo también una veloz carrera tras su instructora.

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Abra los esquís!—gritaba Karin sin detenerse.

El consejo fué en vano. Blake dió una voltereta y cayó en una zanja llena de nieve. Al no oírle, Karin temió que le hubiese ocurrido algo y desandó el camino recorrido.

—¡Señor Blake! ¡Señor Blake! ¿Dónde está?

Nadie contestó al grito de Karin, quien con la vista recorrió toda la montaña.

Cuando anocheció, en el Snow Lodge se dieron cuenta de que el señor Blake y Karin no habían regresado, e inmediatamente se organizó una brigada de salvamento para recorrer la montaña en su busca. Hombres con antorchas, buenos guías conocedores del terreno, partieron en distintas direcciones, total para regresar varias horas después sin haber hallado rastro de los desaparecidos.

—No hemos encontrado a nadie —dijo uno de los guías al administrador del hotel.

Convencidos todos de que había ocurrido algún accidente grave al neoyorquino y a la profesora, el administrador optó por dar cuenta de lo que ocurría a la oficina de Blake y pedir a su socio O. O. Miller si quería personarse en Idaho.

Miller era un hombre de muy buena voluntad que profesaba un gran afecto a Blake, pero al mismo tiempo era un poco tímido y de ca-

rácter vacilante. La noticia de la posible desaparición y muerte de Blake le anonadó. La señorita Ellis, la secretaria de Blake, le aconsejaría qué es lo que debía hacer. Enterarla ésta de lo que ocurría, no vaciló un instante.

—Debemos partir inmediatamente hacia Idaho.

—¿Vendrá usted conmigo?

—Sí, sí.

—Pues nos pondremos en marcha a primera hora de la mañana.

La señorita Ellis, como muchas otras veces, acababa de resolver el problema para Miller.

Al día siguiente por la mañana y arrastrados por un «sleigh», vehículo sin ruedas para correr sobre la nieve, llegaron a Snow Lodge O. O. Miller y la señorita Ellis. El administrador salió a recibirlos.

—¿Se sabe algo de él?—preguntó Miller, ansioso.

—No hemos podido hallar el más pequeño rastro—contestó el hotelero.

—Esta señorita es la secretaria del señor Blake, la señorita Ellis.

Los recién llegados entraron en el refugio y de nuevo Miller se dirigió al administrador:

—No conviene hacer publicidad de esta desaparición.

—Señor Miller, no se trata del asalto a un banco. El señor Blake se

ha perdido, ha sufrido un accidente... nada más; no hay por qué ocultarlo.

Muy cerca al refugio de Snow Lodge existía un pabellón hasta el cual podía llegar muy bien un auto, y sería alrededor del mediodía cuando paró un coche ante la puerta. Se abrió la portezuela y Blake saltó al suelo. Karin iba a imitarle.

—No, Karin, espera. El novio te llevará en brazos para trasponer el umbral de nuestra casa. Es una costumbre tradicional.

Cogióla en brazos y así penetraron ambos en el pabellón.

—Cuando alquilé este pabellón al hotelero, no te conocía, Karin.

—El señor Blake desea clases particulares, dijo mi compañero. Alcé los ojos y allí estabas tú.

—En cuanto te vi a través de la ventana del refugio quise tomar clases particulares.

—En cuanto te vi tuve interés en dárte las.

El administrador del hotel había indicado a Miller y a la secretaria, que Blake había alquilado un pabellón particular, costumbre muy corriente entre los que pasaban larga temporada en el pico de Idaho, y los recién llegados habían tomado posesión de la vivienda mientras esperaban noticias del desaparecido.

La señorita Ellis y Miller habían

subido al piso superior del pabellón, donde estaban reparando los estragos que el viaje había causado en su aspecto personal, y ocupados en esta tarea le pareció a la secretaria que oía voces en la planta baja. El mejor procedimiento para averiguar si había entrado alguien consistió en bajar a verlo y cuál no fué la estupefacción de Ellis al encontrar allí a su jefe sano y salvo abrazado a una bella esquiadora.

Blake oyó los pasos de alguien que bajaba la escalera de madera y levantando los ojos vió a su secretaria.

—¿Es posible que sea Ellis?

—¡Señor Miller, señor Miller, ya ha regresado!

Miller apareció también en la escalera con semblante alterado.

—¡Creíamos que habías muerto!

Karin continuaba en brazos de Blake, detalle que no había pasado desapercibido de su socio, quien no salía de su asombro.

—¿Qué es esto?—preguntó Miller indignado, dirigiéndose a Karin.

—Es mi profesora de esquí.

Soltó Blake a su esposa y dirigiéndose a Ellis la presentó como a su secretaria.

—Y este hombre de aspecto terrible es mi socio, O. O. Miller.

Karin saludó graciosamente a los

amigos de su marido, sin que Miller le hiciera el menor caso.

—Nos hemos vuelto locos buscándote. Incluso hemos movilizado la policía—dijo Miller, y volviéndose hacia Karin, preguntó—: Y usted, ¿qué clase de gata es?

—Yo le he conducido hasta aquí—respondió la joven.

—No la denuncies, Miller. No solamente es mi gata; también es mi esposa.

Esto fué el golpe final. Miller y la secretaria quedaron boquiabiertos.

—Larry—dijo Karin—, hemos dejado el equipaje en el coche.

Los novios salieron fuera del pabellón para recoger sus maletas, seguidos de Miller y Ellis.

—¿Qué significa esto de «mi esposa», qué significa?—preguntó furioso el socio.

—Pues que tú vas a ser el primero en felicitarnos. Es decir, si es que tienes intenciones de hacerlo.

La señorita Ellis, más humorista que el socio de su jefe, ofreció la mano a Karin.

—¡Felicidades!—exclamó. Luego, dirigiéndose a Blake, dijo—: ¡Es maravilloso!

—¿Qué es lo que es maravilloso?—preguntó Miller, muy disgustado, yendo de uno a otro.

Los otros tres sabían tomar las

cosas con más calma, pero Miller no podía perdonarle la jugada a Blake.

—Señora Blake, ¿se han casado ustedes realmente?

—Sí, sí — contestó Karin sonriendo.

—¿Cómo puede haber ocurrido semejante cosa? — insistió Miller.

—Si algún día te perdieras con una muchacha como Karin por la montaña, comprenderías cómo ocurren estas cosas, Miller.

—Pero no voy a permitir que se pierda de nuevo — dijo Karin.

—Me parece que como broma ya es suficiente. El susto que nos dieron... Yo estoy hecho polvo.

—Quédate aquí algunas semanas y aprende a esquiar — aconsejó Blake. — Si escuchas a Karin te darás cuenta de la belleza de la vida en estas montañas. ¿Cómo está Nueva York? ¿Qué tal mi revista? ¿Cómo anda el universo? Yo os lo diré: todo vibra de felicidad.

—Hubo un momento en que la creíamos perdido para siempre — dijo Ellis.

—En realidad lo estoy — contestó Blake, mirando a su mujer. A ver, dejame admirarte de cerca.

Karin se colocó a cierta distancia.

—¿Es satisfactorio el examen? — preguntó Karin.

—Es la primera vez que la miro bajo la luz eléctrica — explicó Blake.

—Olvidas el hotel donde pasamos la noche.

—¿Pasamos la noche en un hotel?

—¡Ya lo creo!

—Siento interrumpir sus recuerdos de viaje — dijo Miller —, pero...

—¡Oh, Karin, déjame que te explique las gracias de mi socio... y enséñale a esquiar.

La esquiadora dirigió la mirada a Miller.

—No deseo esquiar — contestó, airado.

—Yo por poco me mato aprendiendo — explicó Blake —; no obstante, prosperé bastante, ¿verdad, Karin?

—¡Ya lo creo! Te has casado con la profesora.

—¿Sabes cuándo se me ocurrió la idea de casarme?

—¡No! — rugió Miller.

—Cuando caí en la zanja, Karin.

—Debiste haber curvado los esquís hacia dentro y no hacia fuera.

—No, no, no; esto es lo que hice...

Blake empezó a hacer una demostración de su maniobra al resbalar por la nieve.

—Ni más ni menos. Esta posición no es la corriente — dijo Karin, dando un golpecito a las rodillas de Blake que le hizo caer al suelo.

—¡Qué frío más intenso en aque-

## LA MUJER DE LAS DOS CARAS

lla famosa zanja!—dijo Blake—, y fué en aquel momento, señoras y caballeros, que comprendí que ésta era la mujer que yo amaba.

—¿Qué hace usted en verano?— preguntó Miller a Karin.

—Espero el regreso del invierno.

—¿Y dónde vive?— insistió Miller.

—Es verdad — observó Blake —; ¿dónde vives?

—Mi auto tiene un remolque y allí vivo yo. Cuando encuentra un sitio que me gusta, paro durante algún tiempo.

—¡Es maravilloso!— exclamó Blake, sonriendo a su esposa.

Miller empezaba de nuevo a perder la paciencia. Le indignaba todo aquello y no podía comprender la idiotez de su socio.

—Por cierto — dijo Blake — que esto me recuerda que no me he preocupado para nada de tu edad, parentesco, estado de salud, etc., etc. ¿Cuántos años tienes? ¿Hermanos, hermanas? ¿Has tenido el sarampión? Oye, Karin, es cuestión de que pasemos una velada tranquilos, solos...

—Sí — contestó Karin, contemplando a su esposo.

—¿Por casualidad te has acordado de tu negocio en Nueva York?— preguntó Miller.

—Confío en que las cosas habrán

marchado tan mal que podré criticarlas con gusto.

—¿Le ha hablado a usted de nuestra reorganización?— preguntó Miller a Karin. — ¿No sabe usted que tiene grandes responsabilidades?

—No piensa ocuparse más de todo aquello — explicó la recién casada.

—¡Cómo!... — exclamó Miller, abriendo los ojos desmesuradamente.

—Hemos pensado establecernos aquí y llevar una vida tranquila; Larry quiere dedicarse a escribir— continuó explicando Karin.

El asombro de Miller rebasaba todos los límites.

—¡Me dará un ataque cerebral!

—Larry, creo que sería mejor retirarnos.

—Tienes razón, Karin. Vámonos.

Blake cogió el brazo de su esposa y se disponía a subir al piso superior cuando se oyó el timbre del teléfono. La señorita Ellis, que estaba más cerca del aparato, cogió el receptor. Escuchó un instante.

—Grisolda está al aparato, quiero decir la señorita Vaughn.

La llamada no podía ser más inoportuna y contrarió a Blake.

—Miller, ponte al aparato y dale a entender mi nueva situación, ligeramente; yo ya le daré los detalles.

El socio hizo lo que le pidieron y se puso al habla con la entrometida Griselda. Mientras tanto, Blake abrazaba a su esposa.

—Sube al piso que yo iré en seguida; no tardaré, amor mío.

Aprovechando este momento, Miller, que ya había dejado el teléfono, preguntó a la secretaria:

—¿Le gusta esa Karin?

—Sí; es simpática y muy sencilla.

—Miller, ¿has puesto a Griselda al corriente?

—El problema es tuyo, resuélvelo tú mismo.

Sin perder más tiempo y convencido de que no sacaría nada de Miller, Blake cogió el aparato.

—¡Hola! ¿Qué tal?

—No preguntes por mí—contestó Griselda desde el otro extremo de la línea; yo todavía no me he perdido en un ventisquero. Oye, Larry, me interesa que regreses cuanto antes.

—Te diré... no estamos decididos a regresar todavía.

—¿Estamos? ¿Qué significa este plural?

El editor no sabía exactamente qué responder y Griselda repitió la pregunta.

—Se trata de mi mujer y yo—dijo Blake, lanzándose a una sincera confesión del caso.

—¡Oh!

—Sí, Griselda; me he casado.

De haber existido televisión, Blake habría podido ver cómo Griselda soltaba el receptor y profería una exclamación de disgusto; pero recordando la serenidad, cogió de nuevo el aparato.

—¡Qué encantador, Larry! ¿Se trata de alguien que ya conocías?

La pregunta hizo gracia a Blake.

—Es mi profesora de esquí.

—¡Delicioso! Bueno, amigo, yo creía que te habías perdido para siempre y celebro que no haya sido así; casado o no te hemos recuperado.

—Gracias.

—De todas maneras, supongo que tu esposa no te hace esquiar constantemente, y envidio su suerte, pero una no puede tenerlo todo en este mundo. Regresa pronto.

—¡Adiós!

—Blake colgó el aparato, satisfecho.

—Griselda es una mujer inteligente. Nada de escenas ni gritos; es una persona civilizada. Bueno, mis queridos amigos, supongo que también tenéis deseos de descansar.

—Nada de eso, me siento más fresco que una rosa—contestó Miller.

—Ellis, usted está cansada...

Dándose cuenta la secretaria de

que Blake estaba deseando que se marcharan, dijo:

—Estoy extenuada.

—Yo también. Adíe.

Blake se dirigió a la escalera y su socio, cogiendo una revista, lo llamó y le dijo:

—Blake, me sabe mal interrumpir tu luna de miel, pero existe una revista que se llama «Tides»... ¿te interesa?

—En este momento, no. Oye, Miller, en Nueva York perdemos todo el sentido de la proporción; trabajamos sin descanso. Te prometo que he terminado con todo esto.

Sin querer, Blake miró la cubierta de la revista que su socio tenía en las manos.

—¿Qué clase de cubierta es ésta?—preguntó, disgustado.

—Los pozos petrolíferos de Mesopotamia en llamas. Una idea de Allister.

—Esto no es una idea, es un desastre... Bueno, no quiero disgustarte... Pero ¿qué es lo que publicamos? ¿un noticiario?

—No puedes dirigir la revista desde esta montaña; o esquilas o diriges la editorial.

—No hay más que estadísticas—exclamó Blake—. ¿Por qué no me avisaste?

—¿Cómo? ¿Por el semáforo?

—Tengo una idea para una nueva serie de artículos—dijo Blake, absorto ya en su trabajo. Un artículo sobre una gran ciudad en cada número. Tendré que regresar para ocuparme de esto. Tomaremos el avión mañana mismo. Ahora, adiós.

## EL PRIMER DESENGAÑO

**B**LAKE se dirigió al piso superior y al llegar ante la puerta de su habitación llamó suavemente.

—¿Eres tú, Larry?—preguntó Karin—. Entra.

Al momento de entrar, Blake no vió a nadie porque su esposa estaba en la habitación contigua. Salió vistiendo un sencillo pijama.

—¿Quién es Griselda?—preguntó con mucha suavidad.

—Una autora dramática. He puesto algún dinero en sus producciones.

—¿Forma parte de tu vida pasada?

—Hasta cierto punto. ¿Te sabe mal?

—No, si no intenta perturbar nuestro porvenir.

Blake estaba escribiendo algo y pareció no haber oído las palabras de su esposa.

—¿Estás preocupado? Veo una frente muy arrugada.

—Ya han desaparecido las arrugas—dijo Blake, sonriendo.

A pesar de la sonrisa de Blake, su esposa observó que estaba escribiendo y que miraba una revista.

—Sí, pero ocurre algo. ¿Qué estás haciendo?

—Nada; he visto un ejemplar de mi revista que no me ha gustado.

—No te preocupes, que lo hagan ellos.

—¡Ojalá no hubiese visto mi revista!

—Claro; yo quiero ayudarte a que lleves una vida sana, como has dicho que te gustaría llevar... escribiendo.

do todo lo que no has tenido tiempo de escribir antes.

—¿Me quieres, Karin?

—Sí; somos de temperamento muy distinto, no obstante.

—Sí; el príncipe y la Cenicienta. Dame un beso, Karin. Mañana marcharemos a Nueva York.

La sorpresa de la esquiadora no podía ser mayor.

—¿Para qué?

—Debo volver a mi trabajo.

—Tú me dijiste que pensabas abandonar aquella vida, que detestabas la revista, la editorial.

—¿Esto dije yo? Claro, uno dice muchas cosas, pero no siempre se puede hacer caso de lo que se dice.

—Larry, si no puedo hacer caso de lo que tú me digas, ¿a quién voy a creer?

—Has de dejarte llevar por el instinto.

—¿Hablas en serio?

—Sí y no; es una verdad a medias.

—No me gustan esa clase de verdades.

—Pero, querida Karin, la vida no es más que una verdad a medias, un compromiso.

—Mi vida no es así.

—Pero debes comprender que yo no puedo pasarme la vida esquiando... Vine aquí a descansar y ahora

regresaré a lo que para mí es un placer: el trabajo.

Karin no acertaba a comprender lo que estaba diciendo su marido.

—Es decir, que estabas de vacaciones y éstas ya han terminado. Larry, tú me pediste que te ayudara a empezar una nueva vida.

—Sí; mi empeño de siempre es cambiar de vida, pero esto no quiere decir que este cambio tenga que llegar algún día.

La esquiadora había dejado la ventana abierta y soplaba un viento helado que molestaba sobremanera. Sin pedir permiso, Blake cerró la ventana, acción que contrarió a Karin.

—Querida, debes comprender que yo no podría dormir en una habitación con las ventanas abiertas de par en par cuando sopla una verdadera galema.

—Parece que no podemos estar de acuerdo en nada—dijo Karin, compungida. No te sirvo para nada.

Blake se acercó a su esposa y le besó en la frente.

—Soy yo quien ha de juzgar esto, Karin...

—¿Entonces, todo lo que me has dicho no es verdad?

—Lo es y no lo es. No me tomes a pie de la letra, me haces sufrir, y no me riñas porque todavía sufro más. Ahora no nos preocupemos más

porque no saldremos hacia Nueva York hasta las diez de la mañana.

—No me has preguntado si deseaba ir a Nueva York. De haberlo hecho lo habría podido discutir.

—Lo estamos discutiendo ahora. Te aconsejo que te acuestes, porque mañana tendremos que madrugar.

—No pienso ir a Nueva York.

—Saldremos mañana a las diez.

—¿Se trata de una orden?

—¡Sí!

—Pues siento decirte que desobeceré.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

—Que te instales definitivamente aquí para llevar una vida quieta, reposada.

—El reposo y la quietud acabarán por aburrirme.

—Algún día también dirás que te aburro.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Instinto!

—No te fíes de tu instinto, puedes despistarte.

—¡Ya me ha despistado!

—Bueno, no hablemos más. Me voy a dormir.

La recién casada se dirigió a la ventana, desde la cual divisaba un

paisaje nevado cuyo frío aspecto parecía helarle el corazón. Silenciosamente empezó a llorar. Blake se dio cuenta de que había estado un poco inconveniente con ella.

—Lo siento, Karin; no llores, te lo suplico.

—No me gustan las discusiones.

—A mí tampoco; vamos, ven conmigo.

Ella se separó de la ventana y abrazándola cariñosamente le preguntó:

—¿Te sientes mejor?

—Sí.

—¿De veras?

—Te lo prometo.

—¿Me perdonas?

—¿Debo perdonarte algo?

Blake se dirigió de nuevo a la ventana y la abrió de par en par.

—No, Larry, no la abras; sentirías demasiado frío.

—¡Por ti soy capaz de helarme!

—¡Y yo por ti me asfixiaré a gusto!

—¿Me quieres?

—Sí, Larry; pero no me gusta tu tono de ordeno y mando.

—Una orden más. Dame un beso.

Obedeció Karin y la primera discusión sostenida entre el matrimonio pareció haber terminado bien.

### EL REGRESO A NUEVA YORK

○ O, Miller estaba dispuesto a regresar a Nueva York con o sin Blake y a primera hora de la mañana se dirigió al pabellón de su socio acompañado de la señorita Ellis.

—El avión sale dentro de una hora, Ellis; le ruego que haga el favor de llamarles y decirles que no se hagan esperar.

—Hace un ratito que he llamado y nadie contesta—repuso la secretaria.

—Una de las cosas que más detesto en la vida es la gente que duerme mucho.

Mientras así hablaban apareció Karin correctamente vestida y llevando una cestita en el brazo. Su aspecto era el de una ama de casa

que regresa del mercado. Saludó con una sonrisa a los amigos de Blake.

—Oiga—dijo Miller—, ¿dónde está su flamante marido?

—Supongo que durmiendo. Yo me he levantado a las siete. Hacía una mañana encantadora y he ido andando hasta el mercado. ¡Miren qué fruta más hermosa! Entren conmigo en el pabellón. Es curioso, pero aquí se encuentra de todo. Vean, una piña. El trópico entre la nieve.

—¡Detesto la fruta! — exclamó Miller con cara de asco.

—No se preocupe, tengo arroz con leche.

Karin entró decidida en la cocina, dejando que los dos neoyorquinos se acomodaran alrededor de la mesa.

—¿Por qué no comen ustedes en el hotel?—preguntó Miller.

—Es muy caro—contestó Karin, saliendo de la cocina con una sopera en la mano.

—¿Esto le preocupa? Su marido tiene unos ingresos fabulosos.

—Pero ahora ya no los tendrá.

Como si no hubiese oído lo que había dicho Karin, Miller insistió:

—¿Dónde está Larry? ¡No podemos perder el avión!

—Larry no va a Nueva York—contestó la esquiadora.

—Supongo que ese chiflado no ha variado otra vez de opinión...

—Sí, señor—dijo Karin, sonriendo al tiempo que servía arroz con leche a Miller.

—Larry va a Nueva York con nosotros. Tiene que celebrar varias entrevistas muy importantes.

—No puede ir—insistió Karin—porque tenemos que ir a nadar.

Mientras así hablaban, entró Blake en el comedor y miró sorprendido el sencillo atavío de su esposa.

—Karin, ¿no vas a viajar con este traje, verdad?

Ella le miró extrañada y antes de que tuviera tiempo de replicar, Miller, cuya paciencia ya estaba agotada, dijo:

—Oye, Larry, ¿vienes o no con nosotros?

—Sí... Pues claro que sí.

Sin atreverse a hablar, Karin miraba a uno y a otro con semblante angustiado.

—Karin, amor mío, yo creía que esto había quedado resuelto ayer noche...

—Quedó resuelto que nos quedáramos—contestó Karin con firmeza.

—¿No sería posible que os pusierais de acuerdo?—preguntó Miller, enfurecido.

La señorita Ellis, previendo tormenta, salió del pabellón.

—¡Karin, arréglate para marchar!

—gritó Blake, autoritario.

—Yo me voy a nadar.

—Karin, ¿por qué te niegas a obedecernos?

—Ayer me dijiste que estabas de acuerdo con mis planes.

—Te ruego que no me repitas lo que dije ayer. No quisiera ser fantasmón, pero mi negocio es muy importante. Más de tres millones de almas leen mi revista y se dejan influir por las ideas que en ella aparecen. Todo esto es mucho más importante que tus pequeños planes. Si tanto interés tienes en esquiar, te buscaré un empleo en un parque de deporte durante el invierno.

Sin pronunciar palabra, Karin escuchó el desplante de su marido y cuando le pareció que había terminado, habló ella:

—Veo con pena que en ti hay dos personalidades. Hay un hombre de temperamento romántico que desearía llevar una vida sencilla y hay otro hombre... al que llamaré Napoleón. Yo prefiero al romántico. Me casé con él.

—¿Ha terminado el debate?— preguntó Miller.

—¡Adiós!—dijo Karin, y salió del pabellón.

Los dos socios permanecieron silenciosos.

—Sospecho lo que estás pensando—dijo Blake al fin—: que mi mujer es caprichosa y poco razonable. Pues es todo lo contrario. El caprichoso soy yo.

—No pienso llevarte la contraria en esto—dijo Miller.

—Le hice creer que yo era un idealista... no un esclavo del trabajo y del dinero como tú.

—No tengo ganas de discutir.

Blake se levantó y abandonó el comedor.

La señorita Ellis se reunió de nuevo con Miller.

—Blake está imposible—dijo el viejo socio.

—Está enamorado — corrigió la secretaria.

En busca de su esposa, Blake había llegado hasta la piscina y allí estaba Karin nadando.

—¡Karin! ¿No podrías salir del agua y venir a hablar conmigo?

—¿Todavía no te has decidido? Piensa en tus tres millones de lectores... ¿Qué va a ser de ellos sin que nadie les guíe en sus opiniones? Yo no soy más que una profesora de esquí. No debes perder el avión por culpa mía.

—Karin, te equivocas; no estoy disgustado...

—Quien esté disgustada soy yo. No olvidaré lo que me has dicho en el comedor.

—Te dije que lo sentía muchísimo. Karin, ven, ya sabes que te quiero mucho.

—Yo también te quiero, Larry.

Karin había salido de la piscina y estaba junto a su esposo, cuando Miller apareció en escena.

—¡Adiós, amantes de la naturaleza!—exclamó al verles.

Viró rápidamente, asqueado, para reunirse con la señorita Ellis y dirigirse al aeropuerto.

Blake le hizo una seña para que se detuviera.

—Cuando estoy junto a ti, Karin, siento...

—No prometas nada—interrumpió Karin—que luego no lo cumples.

La interrupción molestó al marido y con aire disgustado dijo:

—Tienes el don de la inoportu-  
dad.

—Digo lo que siento.

—Hablando contigo todo se con-  
vierte en un gran problema y yo no  
tengo tiempo para resolverlo.

—No te digo que te quedes.

Desde lejos, Miller hacía señas a  
Blake para que no se entretuviera  
más.

—Confío en que cuando vuelva  
te encontrará de mejor humor.

—¡Ah! ¿Es que piensas volver?

—Sí... cuando esté yo de mejor  
humor.

Partió decidido hasta donde le es-  
peraban Miller y Ellis.

—No mires hacia atrás—dijo Mil-  
ler—, podría ser fatal.

Inútil recomendación. La suerte  
ya estaba echada y mientras Karin  
se sumergía de nuevo en la helada  
agua de la piscina, Blake se dirigía  
presuroso a tomar el avión que de-  
bía reintegrarle a la vorágine neoyor-  
quina, a sus negocios y a sus ami-  
gos.

# UN NUEVO DESENCARO

HABIA transcurrido una semana cuando llegó al hotel de Snow Lodge un telegrama dirigido a la señora Blake. El contenido no podía ser más afectuoso:

«Karin mia: Estoy atareadisimo. Reunión especial de accionistas me obliga aplazar regreso una semana. Echote de menos. Te quiere, Larry.»

Antes de que transcurriera la semana de dilación que había anunciado Blake, su esposa recibió otro telegrama:

«Apenadisimo. Importante negocio requiere mi presencia aquí otra semana. No puedo vivir sin ti. Te quiere, Larry.»

Karin leía los mensajes de su esposo que no le sorprendían, pues desde la llegada de su socio y la lla-

mada de Griselda había notado en él un cambio absoluto.

Un nuevo telegrama llegó a Idaho. «La reorganización de mi revista obligame aplazar dos semanas mi regreso. Quisiera estar contigo. Afectos, Larry.»

El tono menos afectuoso no pasó por alto a Karin. ¿Hasta cuándo iba a prolongarse la estancia en Nueva York?

La llegada de otro telegrama vino a convencer a Karin de que el regreso de su marido no se verificaría jamás.

«Siento no poder reunirme contigo, según planeado. Avisaré fecha llegada. Tuyo, Larry.»

Este mensaje agotó la paciencia de Karin y cogiendo un trozo de pa-

pel redactó el siguiente telegrama, que dirigió a la señorita Ellis:

«Llegaré a Nueva York jueves mañana. Pienso dar sorpresa a mi marido. No lo comunique a nadie. Telefonaré en cuanto llegue. Karin Blake.»

La señorita Ellis fué la primera en quedar sorprendida al recibir el telegrama de Karin y cumplió lo que aquella le pedía, sin comunicar a nadie su próxima llegada a Nueva York.

Tres días después una llamada telefónica anunciaba a la señorita Ellis que Karin se hallaba en casa de una de las mejores modistas de Nueva York. La secretaria se dirigió allí inmediatamente y encontró a la profesora de esquí convertida en una elegante dama.

—¡Oh, señorita Ellis! ¡Qué amable de haber venido! Vea, estoy vestida con toda elegancia, pero no puedo pagar la cuenta.

—Esto no debe preocuparla. Yo lo arreglaré y su marido no se enterará hasta que usted quiera.

Una empleada de la modista se acercó a Karin:

—He telefonado al hotel Shetland y me han dicho que el señor Blake ha ido al teatro de la Calle 43, señora.

—Muchas gracias—contestó Karin.

—¿Por qué no espera usted a que el señor Blake llegue al hotel?—observó la señorita Ellis.

—Ya he esperado demasiados días, señorita Ellis; no puedo esperar más.

—De todas maneras, yo, en su lugar, no iría a encontrarle en el teatro.

—¡Tengo tantos deseos de verle! Karin se despidió de la modista y de la secretaria, disponiéndose sin duda a buscar a su marido en el teatro.

En cuanto desapareció, Ellis se dirigió al teléfono.

—Central, haga el favor, comuníqueme con el teatro de la Calle 43.

En el teatro se estaba verificando un ensayo, pues la hora no era propia para funciones. La llamada de Ellis fué atendida por un empleado.

—Lo siento, señorita Ellis, pero no puedo interrumpir el ensayo.

Desde el momento en que Ellis no pudo comunicar con su jefe entendió que no tenía más remedio que dirigirse al teatro para ponerle al corriente de la llegada de su esposa. Karin le llevaba la delantera y pudo introducirse en el local sin que nadie le viera.

En el escenario estaba la actriz Dunbar y en la platea sólo había dos butacas ocupadas. Eran Blake y Gri-

selda, ésta última autora de la obra que se ensayaba.

Karin reconoció inmediatamente a su marido, a pesar de la poca luz que iluminaba la platea y se sentó algunas filas más atrás, haciendo muy poco ruido, pero suficiente para dar a entender que había entrado alguien. La señorita Ellis entró pocos minutos más tarde y de nuevo el ruido molestó a la artista que estaba en el escenario.

—Lo siento, señorita Dunbar, pero me parece que ha entrado alguien —dijo el empleado.

—En este teatro parece que hay fantasmas —observó Griselda Vaughn—. Continúe el ensayo, señorita Dunbar.

—Me es imposible continuar, señorita Vaughn. Cada vez que llego a esta frase me corto —dijo la actriz, muy afectada.

—Si pronuncia usted la frase con calma —observó Griselda— verá usted cómo resulta mucho mejor.

—Pero es que no siento lo que digo. ¿cómo quiere usted que lo represente bien?

—A mí no me importa si lo siento o no, pero puede aparentarlo.

—¿Cree usted que ese diálogo que usted ha escrito es lo suficiente convincente para enamorar a un hombre?

—Estoy convencida de ello. Larry, por favor, explícaselo.

—Señor Blake —dijo la actriz, acercándose al editor—. ¿se enamoraría usted de mí si yo le dijera lo que dice la comedia?

—¿Me permite un consejo? —preguntó Blake.

—Sí, pues no faltaría más —repuso la Dunbar, satisfecha de ser objeto de atención por parte de Blake.

—Yo le aconsejo que ahora vaya a descansar un poco.

—La idea es maravillosa —dijo Griselda.

—Gracias, señor Blake; es posible que usted tenga razón —dijo la actriz, dirigiéndose exclusivamente al editor—. El día del estreno procuraré sentir el papel.

Griselda y Blake abandonaron las butacas.

—¿Comprendes ahora el por qué deseo que asistas al estreno, Larry? Esa Dunbar está medio enamorada de ti.

Blake se echó a reír.

—En este caso no faltará al estreno.

Siguieron por el pasillo de butacas sin darse cuenta de que había alguien que les estaba observando. Karin pudo darse perfecta cuenta de que aquella mujer y su esposo estaban en muy buenos términos.

—Cuando tú estés por aquí, to-

das las dificultades desaparecen— siguió diciendo Griselda.

Salieron del teatro, dejando a Karin medio llorosa después de lo que había visto y por lo que sospechaba.

La señorita Ellis corrió a reunirse con Karin.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, señora Blake?

—Nada; se ha ido con la señorita Vaughn.

—¿Le ha visto a usted?

—No, no veía nada; estaba absorto en la conversación con la autora teatral. No deseo que se entere de que he venido a Nueva York. Regresaré a Snow Lodge. ¿Cómo puedo salir de este teatro sin que nadie me vea?

—Saldremos por la puerta del escenario.

Al momento de salir paró un taxi del que se apeó el socio Miller. Karin se horrorizó.

—¡Oh! ¡El señor Miller! No quiero que me vea.

—Regrese al escenario—dijo la señorita Ellis—, ya procuraré deshacerme de él.

Una vez pagado el taxi, Miller se dirigió a Ellis.

—¿Qué tal, señor Miller?

—Oiga, ¿qué hace esa chiflada de esquidora en Nueva York? ¿Dónde se ha metido?

—¿De qué está usted hablando,

señor Miller?—repuso la secretaria, afectando un aire sorprendido.

—De la señora de Blake.

—Está usted confundido, estaba sola aquí.

—Escuche, Ellis, yo no estoy loco y acabo de ver a la señora Blake.

—Pues no era la señora Blake.

—Entonces sería su hermana gemela.

Esta observación de Miller inspiró a Ellis.

—Es usted muy inteligente, señor Miller.

—Ya sé que no lo soy, Ellis. Pero ¿por qué no quiere usted que la vea?

—Admito que es usted muy inteligente al adivinar que...

—¿Qué he adivinado?

—Que se trata de la hermana gemela de la señora Blake.

—¿Cómo?

—Sí, la hermana gemela de la señora Blake—repitió Ellis en voz alta para que Karin desde el escenario le oyera—. Tiene un genio muy fuerte.

Ellis no quería de ninguna manera que Miller llegara a ver a la mujer de su socio.

—Yo he de llegar al fondo de este asunto—gritó Miller, disgustado.

Karin, que había oído toda la conversación desde el escenario, creyó llegado el momento de presentarse, y así lo hizo.

## LA MUJER DE LAS DOS CARAS

—Siento haberla hecho esperar, señorita Ellis—dijo Karin, ignorando a Miller por completo.

—¡Oh, señora Blake! ¿No me recuerda usted? —dijo Miller, saludándola.

—¿Le conozco?—preguntó Karin mirando a Miller y a Ellis.

—Sí, sí, espere... ya... la conozco a usted...

—Perdone, caballero, pero tengo un poco de prisa. Adiós.

Como si de repente recordara algo, Karin se volvió a Miller.

—¡Oh, usted es el señor Miller! ¿verdad?

—Sí; soy el marido de su socio... Quiero decir que soy el socio de su esposa... ¡Oh, señorita Ellis! ¿Qué es lo que quiero decir?

—Que es usted el socio del marido de su hermana.

Miller se fijó en Karin, la observó de cerca y exclamó:

—Ahora que la miro a usted bien me doy cuenta de que no se parece en nada a su hermana esquiadora.

—Pues mire usted, mucha gente nos confunden, señor Miller.

—El señor Miller lo dijo en cuanto la vió: es la hermana gemela de la señora Blake.

—Muy inteligente, muy listo—dijo Karin.

—¡Oh, nada extraordinario!—dijo Miller, muy halagado por la aten-

ción que le prestaba la elegante cuñada de Blake.

La señorita Ellis subió en el taxi que esperaba y los dejó que hablaran.

—Señor Miller, ahora que estamos solos, quisiera que me dijera usted qué clase de hombre es mi cuñado. Tengo interés especial en no verle, no quiero conocerle. En realidad le agradecería a usted mucho que no le dijera que me ha visto usted por aquí.

—No se preocupe, soy muy discreto cuando tengo empeño en serlo. ¿No le gusta Blake?

—¡Oh, no le conozco! Tengo el presentimiento que me sería antipático.

—Lo comprendo, lo comprendo, señora... señorita...

—Borg, señorita Borg. Katherine Borg.

Miller sonreía entusiasmado ante aquella muchacha tan parecida a la esquiadora y tan distinta de aquella otra.

—Adiós, señor Miller, que Ellis me está esperando.

Karin se dirigió al taxi y al dar orden de que se pusiera en marcha, Miller apareció a la ventanilla.

—Oiga, señorita Borg: ¿puede usted cenar conmigo esta noche?

—Acabo de conocerle, señor Mil-

ler. No puedo aceptar su invitación.

—¿Mañana, pues?

—Mañana por la noche ya le habré olvidado—dijo Karin, fingiéndose coqueta—. De veras no puedo aceptar, no debo. Pero ¿qué ha dicho, mañana por la noche?

—Sí.

—¿Qué opina usted, señorita Ellis?

Antes de que la secretaria pudiera emitir opinión, Karin se contestaba a sí misma:

—Sería encantador cenar con usted...

—Lo será, lo será. Pasaré a recogerla...

—¡Estoy segura de que será encantador!

—Adiós, señorita Borg.

Partió el taxi y la secretaria dirigiéndose a Karin, le dijo:

—Señora Blake, tenía entendido que se marchaba usted en seguida.

Miller les había alcanzado nuevamente.

—Se me había olvidado: ¿dónde vive usted?

—Hotel Shetland.

Definitivamente en marcha el vehículo. Ellis preguntó muy seria:

—¿Qué se propone usted, señora Blake?

—Ellis, ¿cuál es el restaurante favorito de mi esposo?

—El Salta.

—Pues supongo que allí es donde me llevará mañana el señor Miller...

# UNA CENA A LA AMERICANA

**E**N una mesa del elegante Club Salta, Blake y Griselda miran de un lado a otro encontrándolo más aburrido que de costumbre. Con ellos estaba Dick Williams, un joven admirador de Griselda.

—Yo me había hecho la ilusión, Blake, que al casarse usted, Griselda sería para mí, pero temo que todavía es usted un rival.

Miller y Karin aparecieron en el comedor, ella vestida con extraordinaria elegancia. Griselda observó la pareja.

—Parece que tu socio está recordando la juventud—dijo la literata al ver a Miller tan bien acompañado. No está mal la muchacha que le acompaña, ¿La conoces, Larry?

Blake no oyó nada de lo que dijo Griselda.

—¿Qué te pasa? Pareces distraído...

—Sospecho que la joven que acompaña a Miller es mi esposa.

Con el afán de averiguar la verdad, Blake se levantó de la mesa sin dejar la servilleta y se acercó a Karin. Ella se dio cuenta en seguida y dando por entendido que se trataba del camarero, dijo:

—¡Camarero, traiga champaña!

—¿Qué haces aquí? —preguntó Blake en voz baja.

Miller, divertido con esa conversación, observó:

—Te está bien, por presentarte aquí con la servilleta en la mano.

—¿Qué significa esto de venir a

Nueva York sin saber yo una palabra?

—Debe haber mucha gente que viene a Nueva York sin antes informar a usted. ¿Conoce usted a este caballero, señor Miller?

—Sí, sí, desgraciadamente hace años que le conozco.

Blake no salía de su asombro y Miller sonreía satisfecho.

—En ese caso, usted podría presentarnos, señor Miller—dijo Karin.

—Mi socio señor Blake, y la señorita Katherine Borg, por cierto que es la hermana gemela de tu esposa.

Como si jamás le hubiese visto, Karin fijó sus ojos en Blake.

—¿Con que usted es el marido de Karin?...

—¡Pero, Karin!—exclamó Blake.

—Lo mismo me ocurrió a mí—dijo Miller.

—El marido de Karin... ya veo.

—¿Qué es lo que ves?—preguntó Blake.

—Nada, querido cuñado; bienvenido a nuestra mesa.

—¿Qué significa esto? ¿Karin tiene una hermana gemela sin que yo lo sepa?

—Así parece—contestó Karin.

La sorpresa de Blake no es para ser descrita:

—Oye, Larry, siéntate o regresa

a tu mesa; creo que esto último es lo mejor que puedes hacer.

—¿No está usted con su esposa?

—preguntó Karin.

—¡No!

—¿Por qué?

—El caso es que...

—Es una verdadera lástima... tan poco tiempo como hace que se han casado.

—¡Oh, no nos juzgue mal! Karin y yo nos comprendemos perfectamente.

—Larry se casó muy precipitadamente y se arrepiente con calma—interpuso Miller.

—No he de arrepentirme de nada

—contestó Blake a su socio—. ¡Pero qué parecido más extraordinario! ¡La misma cara, la misma voz!...

—No es nada extraordinario. Somos hijas de los mismos padres, procedemos del mismo país.

Un camarero se acercó con una botella de champaña.

—Señor Miller, ¿ahora se trata de un camarero o es otro cuñado? ¿De qué año es esta champaña?

—Mil novecientos veintiocho—contestó el camarero.

—Muy bien. No soy exigente en nada, pero entiendo que la champaña debe ser de buena calidad.

—Usted parece más joven que Karin—dijo Blake—, pero...

—Lo soy por quince minutos.

Esta conversación empezaba a molestar a Miller.

—Olga, señorita Borg, usted ha venido conmigo...

—Me doy perfecta cuenta de ello. A su salud, señor Miller.

—Oye, Miller, ¿dónde os habéis conocido?

—Fue una pura casualidad.

Karin no tenía ningún interés en que su marido se enterara de cómo se habían conocido ella y Miller, e intencionadamente tiró un guante al suelo.

—¡Oh, se me ha caído un guante!

Blake se arrodilló en busca del guante y en aquel instante llegaron Griselda y Dick Williams.

—Larry, ¿qué pasa? —preguntó Griselda—. ¿A los pies de tu esposa?

—De la casualidad que... no es mi esposa.

—El hombre que conoce a su esposa es un sabio—dijo Dick Williams.

—Pero casualmente no se trata de su esposa, sino de una amiga mía—explicó Miller.

Dick Williams miraba entusiasmado a la hermosa mujer que acompañaba a Miller, de la que acababa de enamorarse en aquel instante.

—Pues haga usted el favor de presentarme. Soy Dick Williams, un muchacho simpático e inteligente...

—dijo Williams, riendo a costa de sí mismo.

—Cuando te has levantado de mi mesa—dijo Griselda—se trataba de tu esposa. ¿Qué ha ocurrido mientras?

—No somos más que amigos—observó Karin.

—Es la hermana gemela de mi mujer—explicó Blake.

—¿Qué raro!—exclamó Griselda.

—¿Raro? Los gemelos son muy corrientes, como los triples y hasta quintuples—dijo Blake.

—La gente cree que somos muy parecidas, pero yo me creo muy distinta de mi hermana. Tendremos que poner mucho cuidado usted y yo, señor Blake.

—¿También esquia usted, señorita Borg?—preguntó Griselda.

—No.

—Entonces, ¿cuál es su especialidad, señorita Borg?

—¡Vivir!

—La señorita Borg tiene un método especial para hacerse simpática. Un procedimiento misterioso que ahora ya no se usa. Actualmente se cotiza la franqueza. ¿Cuándo llegó usted?

—¡Ayer!

—¿De dónde?

—De Lisboa. Pude embarcar en el último vapor que zarpó de Europa. Soy una refugiada sin un dólar.

—¿Escapó usted en traje de noche?

—Pude traer éste y otros trajes conmigo.

—¡Está usted encantadora!—dijo Dick.

—Era usted la heredera, porque me han dicho que su hermana trabajaba.

—También trabajo yo.

—¿En qué?—insistió la literata Karin encogió los hombros y se limitó a sonreír.

—¡Interesante ocupación!—murmuró Griselda.

La situación era un poco violenta y Blake creyó oportuno intervenir.

—Griselda, la señorita Borg no está en el banquillo de los acusados.

—¡Oh, es posible que haya sido indiscreta! ¡Cuánto lo siento!

—No se preocupe, comprenda su curiosidad.

—¿Solo conoce usted al señor Miller en Nueva York?—preguntó Dick.

—A él y a ustedes ahora, nadie más.

—¡Maravilloso! En este caso no tengo rivales—dijo el joven, encantado.

—Comprenda, señor Williams, que es usted muy joven para mí.

—Si usted lo desea me dejaré

crecer la barba; una barba como la de Papá Noel.

—¿Por qué no juega usted a Papá Noel en lugar de intentar conquistarme?

Griselda escuchaba la conversación entre curiosa y despechada. El triunfo de aquella forastera le molestaba.

—Señorita Borg—insistía Williams—, todo lo que tengo está a su disposición.

—Larry, he de reconocer que con tu casamiento has entrado a formar parte de una familia muy interesante—observó Griselda.

Blake sonrió a la señorita Borg, a la que empezaba a admirar.

—Karin debió haberme avisado que tenía una hermana como usted.

—Es que Karin no se siente orgullosa de mí.

—¿La chiflada esquiladora?—dijo Miller.

Esta observación dirigida a su esposa molestó a Blake y Miller se apresuró a pedirle excusas.

—Karin ha vivido siempre al aire libre, mientras que yo prefiero la atmósfera de salón—dijo la supuesta hermana— ¿Le contraría esto, señor Miller?

—Al contrario, al aire libre soy hombre al agua.

Blake estaba convencido de que aquella joven era Karin y nadie más.

LA MUJER DE LAS DOS CARAS



—¿Qué significa esto de  
mi esposa?



—¿Cómo puede haber  
ocurrido semejante cosa?



—Si algún día te perdieras con una muchacha como Karin...



—¿Qué haces aquí?

LA MUJER DE LAS DOS CARAS



En una mesa del elegante Club Salta, Blake, Gelsolda y Dick

—Camarero, traiga usted champaña.



—¿Sólo conoce usted al  
Sr. Miller en Nueva York?



—¿Qué significa esto?

LA MUJER DE LAS DOS CARAS



—¿Por qué no juega usted a «Papa Noel» en lugar de intentar conquistarme?

—De la casualidad que no es mi esposa.



—Oye, Katherine, deseo  
hablar con toda claridad.



—¿Dónde va usted?

LA MUJER DE LAS DOS CARAS



—Estoy tanto o más seria que tú.



—¡Estos pases! ¡son estupendos!



—Es la primera vez que  
te veo solo...



—Es el resultado de las  
tonterías que hice ayer no-  
che...

pero reconocía que estaba jugando su papel con mucha gracia.

—Miller, nunca te había visto en semejante plan—observó Blake.

—Hay que modernizarse y la señorita Borg me ayudará, ¿verdad?

—Llámemla Katherine.

Los celos iluminaron los ojos de Blake al ver la cara de imbécil que ponía Miller al mirar a la joven.

—Podrías llamarla Kitty — dijo Blake.

Griselda no estaba menos celosa que Blake de la atención que Karin recibía de aquellos tres hombres.

—Larry, parece que la señorita Borg está bajo tu tutela—dijo la literata.

—Hasta cierto punto lo está. Se trata de mi cuñada y se encuentra sola en Nueva York.

Karin agradeció con una sonrisa encantadora las palabras de Blake y Griselda, no pudiendo contenerse, exclamó:

—¿Es escandinavo el procedimiento que emplea usted para hacerse simpática?

—Es internacional—contestó Karin.

—En este caso, me presto como voluntario de la Legión Americana—dijo Dick, cada vez más entusiasmado con la forastera.

—No, muchacho—dijo Grisel-

da—, no eres voluntario, es servicio obligatorio.

—Señorita Borg, es usted adorable—exclamó Dick.

Las ingenuidades de Dick hacían reír a todos y él no se daba cuenta del ridículo que representaba.

Convencido Blake de que aquélla era su esposa, dijo:

—Katherine, mientras estés en Nueva York dejarás que yo te acompañe.

—Mi primer impulso fué dirigirme a ti.

—¡Cómo! A mí me dijo que no quería verme—dijo Miller.

—No quería verme después de haberle visto en el teatro.

Ahora le correspondía a Miller asombrarse.

—Usted me dijo que no había visto a Blake en el teatro.

—Sólo le vi un instante, señor Miller.

—¿Por qué no me hablaste?—preguntó Blake.

—Estabas muy atareado.

Los nervios se habían apoderado de Griselda y los celos no la dejaban hablar.

—¡Quien escucha, su mal oye!—dijo al fin la escritora.

—Pero también se divierte. Fué una indiscreción tal vez, Larry, pero no te preocupes, no tengo los prejuicios de mi hermana Karin. Me

gustó mucho aquella frase de la comedia de la señorita Vaughn, que dice: «Es inevitable que tú y yo nos amemos».

La situación se hacía insostenible por momentos y Griselda temía que no podría contenerse. Tuvo una inspiración, y decidida a separar a Katherine del coro de sus admiradores, dijo:

—Tengo una idea que sólo puedo confiar a usted. ¿Quiere venir conmigo?

—Con mucho gusto — contestó Karin, levantándose, y mirando a los caballeros muy sonriente, agregó—: No tardaré en regresar.

Las dos damas se dirigieron a un salón de descanso y Blake aprovechó el momento para comunicar con Idaho. No tardaron mucho en darle la conferencia.

—¿Snow Lodge? Habla Larry Blake; diga a mi esposa que se ponga al aparato.

—Su señora marchó a Nueva York.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Hace tres días.

—Gracias; adiós.

Sonrió Blake ante la noticia que confirmaba sus sospechas y dijo para sí:

«Voy a seguir el juego.»

Karin y Griselda estaban en el sa-

lón de las señoras arreglándose y la última empezó un sondeo, para averiguar por quién sentía preferencia la señorita Borg.

—Miller es un hombre encantador, ¿verdad? Y Dick Williams es un muchacho simpatiquísimo. Su cuñado tampoco está mal...

—Sí, sí. Lo que no me explico es cómo mi hermana, que es una muchacha tan sencilla, se las arregló para conquistar a Blake.

—Hay hombres que no pueden resistir un cambio brusco de clima.

—¿Cree usted que él la quiere?

—Ni soñarlo. Voy a ser franca con usted; finalmente no somos rivales...

—¡Claro que no!

—Podemos ser muy buenas amigas.

—En realidad yo necesito sus consejos, señorita Vaughn. Me hacen mucha falta. En este momento no sé qué partido tomar.

—¿Desea usted cambiar de vida?

—No. Se trata de Larry. Temo que me he enamorado de él.

Griselda se alarmó.

—¡Pero Larry está casado!

—Sí, y con mi hermana, que es peor todavía.

—Es usted una vampíresa.

—¿Vampíresa? No la entiendo.

—Hablaré claro.

## LA MUJER DE LAS DOS CARAS

—Sí, será mejor.

—Pues regrese adonde estaba, tan pronto como sea posible.

—Estaba segura de que me daría un buen consejo.

—Larry ya no es libre.

—Pero usted acaba de decirme que no ama a mi hermana.

—A su hermana no, pero puede amar a otra.

Una señora amiga de la literata entró en el salón.

—¡Hola, Griselda! ¿Estás aquí con Blake?

—Sí.

—¿Sabes cuándo llega su esposa a Nueva York?

—No—contestó Griselda con cara de pocos amigos; y la dama se despidió.

—Bueno, ¿dónde estábamos?—preguntó Karin—. ¿Somos o no somos rivales?

—O se marcha usted inmediatamente de Nueva York o aviso a su hermana de las malas intenciones que abriga usted.

—¿Por qué se pone usted así? Es muy probable que me case con Miller o tal vez con Dick Williams. Aunque Larry me gusta mucho más.

—Muy bien, poco me importa que sea Miller o Williams, pero a Larry debe dejarlo en paz.

—Es demasiado tarde, no puedo olvidarle.

—Pero ¿cómo es posible esto? Apenas hace veinte minutos que le ha conocido.

—Veinte minutos en el reino del amor es una eternidad—dijo Karin, poniendo los ojos en blanco.

Griselda estaba a punto de estallar.

—¿Regresamos al comedor?...—preguntó Karin.

—Decididamente telegrafiaré a su hermana.

—Haga lo que mejor le parezca.

Los tres hombres esperaban tranquilamente el regreso de las damas sentados alrededor de la mesa y cuando las vieron acercarse se levantaron respetuosamente. Convencido Blake de que se hallaba ante su esposa, decidió hacerle el amor, sin darle a entender de que ya sabía exactamente quién era.

—¿Quieres bailar, Katherine?—preguntó Blake.

—No bailo—contestó ella.

—Karin tampoco baila.

—No había terminado; no bailo con cualquiera, sólo con profesionales.

Convencida Griselda de que aquella joven era una fanfarrona, le dijo:

—Siempre entre lo mejor, ¿verdad, señorita Borg? Camarero, diga

a Cecil que venga a nuestra mesa.

—¿Quién es Cecil? — Interrogó Karin.

—El bailarín profesional. Si baila usted una vez con él ya no le gustará bailar con nadie más.

—¡Oh, no se moleste!

—No es ninguna molestia.

Cecil se acercó a la mesa y saludó a Griselda.

—Quería presentarle a la señorita Borg que sólo baila con profesionales.

—Se parece usted mucho al bailarín del restaurante que yo frecuentaba en Lisboa—observó Karin.

Era imposible para Karin volver atrás y bebiendo un poco de champña, se levantó para salir a la pista de baile con Cecil.

### UN BAILE IMPROVISADO

A los dos compases el bailarín se dio cuenta de que aquella señorita no sabía bailar, y se separó ligeramente de ella.

—¿Dónde va usted? — preguntó Karin, asustada.

—Estoy improvisando algunos pasos, porque es difícil seguir la música con usted.

—¿Puedo improvisar yo también?

—Sí, sí—contestó el bailarín, temiendo una catástrofe.

Karin improvisó sus pasos, muy ingeniosos por cierto, mitad líricos, mitad de esquiadora y pronto llamó la atención de la gente.

—¡Estos pasos son estupendos! —dijo Cecil—, y completamente nuevos.

—¡En absoluto! — contestó Karin.

Griselda no quitaba los ojos de Karin.

—Esta mujer es una bailarina profesional... — dijo despreciativamente.

—No olvides, Griselda, que es mi cuñada.

—Yo no lo olvido. Quien no debe olvidarlo es tú.

Blake se sentía molesto ante la actitud de la literata y cortó la conversación, para seguir mirando a su mujer y a Cecil haciendo piruetas en el centro de la pista ante la admiración de todo el restaurante.

—Es realmente asombroso cómo baila usted—observó Cecil—. ¿Qué danza es ésta?

—No lo sé, un raro combinado.

—Algo entre rumba y conga.

—No, no; más bien la «chica» y la «choca».

—¿Cómo lo llama usted?

—La «chica-choca».

Los que les estaban mirando oyeron la conversación; se pusieron a cantar «chica-choca» siguiendo la música y aplaudiendo a la original pareja. Terminó el baile y Cecil acompañó a Karin a su sitio.

—Generalmente, soy yo quien enseña a bailar, pero hoy he tenido que aprender un nuevo paso—explicó Cecil.

—Has estado maravillosa — dijo Blake.

—Larry, es muy tarde; debemos marcharnos — dijo Griselda—. Recuerda que hemos de reunirnos con los Denhams.

—Ven con nosotros—dijo Blake a Karin—. Y tú también, Miller.

—Yo quiero ir a un sitio tranquilo y silencioso—dijo Miller.

—Mi sistema es el siguiente: cuando me siento feliz no abandono la gente que me rodea—explicó Karin.

—Pues te gustará el señor Denham, y además es muy rico.

—¡Griselda!—dijo Blake, disgustado ante lo que consideró una observación de mal gusto.

—Finalmente, ¿qué clase de mujer es tu cuñada?

—Soy una mujer correcta—dijo Karin muy suavemente.

Griselda iba a gritar, pero se contuvo.

—Me ha hecho perder el tino y jamás se lo perdonaré.

Salieron los cinco del restaurante y Karin les rogó que la dejaran en el hotel, porque se sentía fatigada. Al llegar a la puerta del hotel Shetland, Karin empezó a despedirse de sus amigos.

—Muy bien, mis queridos mosqueteros; he pasado un rato muy agradable con todos ustedes. Y ahora, buenas noches.

—Oiga, señorita Borg, esta noche ha salido usted con Miller... ¿Cuándo saldrá conmigo?—dijo Williams.

—Telefonéeme.

—Señorita Borg, esta noche ha salido usted con ellos. ¿Cuándo saldrá conmigo?—preguntó Miller.

—Telefonéeme. Buenas noches a todos.

Karin penetró en el hotel y Blake la siguió.

—¡Alto! — dijo Williams—. Ha dicho buenas noches, no ha dicho síganme.

—¿Has olvidado que yo también vivo en este hotel? Buenas noches.

Sin esperar más, Blake entró en

el hotel y alcanzó a Karin, que estaba en el mostrador, donde le entregaron unas cartas.

—Creía que no conocías a nadie en Nueva York?

—Eso es lo que yo pensaba, pero estaba equivocada.

Ambos entraron en el ascensor y Karin se pasó las manos por la frente.

—¿No te encuentras bien? No estás acostumbrada a esta clase de vida. Demasiado champaña.

—No es la champaña, es el ambiente, todos vosotros.

Llegaron al piso correspondiente y salieron del ascensor, dirigiéndose por un corredor hasta la puerta de la habitación de Karin.

—Buena, cuñado, buenas noches.

—Es muy pronto, podríamos hablar un poco.

—Como tú quieras.

Abrió Karin la puerta y penetraron en un saloncito.

—Mientras voy a quitarme el abrigo siéntate aquí. Además, he de hacer una llamada telefónica?

—¿A las personas de Nueva York que no conoces?

—Sí. Si quieres beber algo, pídelo.

—Dejando a Blake solo en la salita, Karin penetró en la habitación contigua; cerró la puerta, cogió el aparato telefónico y pidió un número a la central. La llamada iba a despertar a la señorita Ellis.

La secretaria de Blake había mucho rato que se había retirado, cuando sonó el timbre de su teléfono, despertándola. Se sentó en la cama y cogió el receptor, oyendo una voz que no le era desconocida, pero que de momento le era difícil recordar. Al fin se le ocurrió quién podía ser.

—¿Es usted, señora Blake?

—Sí. ¿Qué le ocurre, Ellis? ¿No se encuentra bien? Oigo su voz muy lejana.

—Yo estoy muy bien. ¿Es usted la que no se encuentra bien?

—A decir verdad, me siento un poco rara.

—¿Estará usted enferma?

—No, no; estoy satisfechísima. He hecho correr a Griselda. Es mucho más torpe que yo.

La secretaria reía escuchando a Karin, porque se imaginaba la escena.

—¿No sería mejor que se acostara, señora Blake?

—Ahora no puedo. Larry está en el salón. Estoy segura de que pronto deseará reunirse con la verdadera Karin en los picos nevados de Idaho; estará harto de mujeres como Griselda y yo. ¿Le gusta la champaña, Ellis?

—De aquella manera.

—A mí me encanta. Ahora vol-

veré a beber un poco. Buenas noches.

Colgó Karin el aparato y lo mismo hizo la secretaria, sonriendo para sí ante las aventuras de la señora Blake.

—Regresó a la salita, donde Blake estaba aguardando.

—Oye, Katherine, deseo hablar con toda seriedad.

—Estoy tanto o más seria que tú. Siéntate aquí, en el sofá. Es la primera vez que te veo solo. Oye, estoy muy orgullosa de mi hermanita y espero que no la juzgarás según mi manera de ser.

—No hay cuidado.

—Hace mucho tiempo que no he visto a Karin. ¿Tienes alguna fotografía suya?

—Sí.

Blake sacó una cartera y empezó a buscar el retrato de Karin entre varios de otras mujeres.

—Llevas una galería completa—observó Karin.

Un poco nervioso por esa observación, Blake dijo sin darle mayor importancia:

—Todavía no he tenido tiempo de limpiarla.

Al fin halló una foto de su esposa y la entregó a la ficticia cuñada.

—Mi querida Karin..., está monísima. Toda mujer, por depravada que sea, guarda en su corazón un

ideal de bondad. Karin es mi ideal.

—Pues no parece que te hayas dejado influir por su manera de ser.

—Sea como sea, Karin es una buena muchacha.

—Pero esto no justifica tu conducta.

—¡Oh! La gente buena nos necesita... así se nota el contraste.

—¡Qué ideas más originales tienes!

—Supongo que cuando uno se pasa la vida patinando sobre la nieve se purifica la conciencia. ¡Mi querida Karin!...

Blake sonreía tranquilamente, mientras ella iba representando su papel.

—Karin es nuestro ángel guardián... Bueno, ahora hablemos en serio.

Algún llamado a la puerta. Era el camarero, que traía una botella de champaña y dos copas.

—Está muy bien—dijo Karin—; déjelo encima la mesa.

El camarero hizo lo que le habían mandado y desapareció.

Karin llenó las dos copas y levantando una dijo:

—A la salud de Karin.

—No bebas más, Katherine; no es bueno para la salud.

—¡Qué importa!... Nadie sufre por mí.

Una llamada telefónica interrumpió.

pió la conversación. Karin cogió el aparato.

—¡Oh, es usted, Dick Williams!

—Señorita Borg, no puedo dormir pensando en usted.

—¿No puede dormir?

—¿Cuándo podré volver a verla?

—Mañana o pasado, qué más da.

—¿Podría pasar a recogerla para comer en alguna parte?

—¿Para comer? No estaré levantada hasta la hora de cenar. ¿Podríamos cenar juntos?

—¡Encantado! Entonces pasaré a recogerla para cenar juntos.

Terminó esa conversación, que Blake había escuchado con cierto desdén.

—¡Simpático muchacho! —dijo Karin, refiriéndose a Williams—. Me recuerda a uno que conocí en Singapur. Intentó suicidarse.

—¿Por ti?

—¡Quién sabe!

—No lo creo; no hay nadie que se mate por una mujer hoy día.

—Lo celebro, porque incidentes como ese me deprimen.

—Parece mentira que puedas hablar así.

—¿Piensas hacerme un sermón?

—Sí.

—Pues di lo que te parezca, no me tengas piedad.

—Katherine, no quiero que andes

por Nueva York exhibiéndote de esta manera. Si necesitas dinero, dímelo y te lo daré.

—¡Oh, no! De ninguna manera; no podría aceptar dinero de un cuñado, no estaría bien.

—Ya he dicho antes que tienes unas ideas muy originales.

—¿Te sorprenden?

—Me sorprenden y me molestan.

—Tú y Karin habéis nacido el uno para el otro. Dos personas respetables, quietas, sosegadas... Larry, ¿por qué no regresas a Idaho con Karin?

—¿Y dejarte a ti sola en Nueva York, a la merced de cualquier Dick Williams o Miller?

—Yo ya me he sobrevivido. Karin es distinta, te quiero. Es muy joven.

—Hace un cuarto de hora me dijiste que ella era la gemela mayor.

—No estoy hablando en términos de minutos, años o siglos. Yo nací vieja. Karin deseaba casarse, tener hijos... para enseñarles a esquiar.

—No te preocupes de los hijos de Karin y te ruego que no hables más de tu hermana.

—Pero, Larry, mi cuñado...

—No llames cuñado... ¿No comprendes...?

—Larry, ¿qué te ocurre?

—Es raro que una mujer tan lista

como tú en estas lides no se dé cuenta de que la quiero—dijo Larry al fin.

—¡Oh, no, no! No es posible que quieras a una mujer como yo.

—Te aseguro que sí.

—Es imposible.

—Es la pura verdad.

—Si es así, ¿cómo puedes amar a Karin?

—Es que no la quiero. Te quiero a ti.

Karin le miró indignada.

—¿Con que así eres tú? ¡Un bellaco!

—Es preferible que lo sepas.

—Pues te suplico que te vayas de aquí inmediatamente — dijo Karin apenadisima.

Acababa de sufrir el mayor desengaño de su vida.

—¡Vete, vete! — sollozó Karin, abriendo la puerta para que saliera Blake de su saloncito.

—Te ruego que me perdones, Katherine—dijo Blake un poco abochornado.

### UN CORAZON DESTROZADO

**C**ERRADO que hubo la puerta, Karin se echó encima su cama y lloró amargamente. Al fin había conocido quién era su marido. Un hombre que se dejaba impresionar por la última mujer que le hablaba. ¡Qué tonta había sido de hacerle caso! Y aquella imbécil de literata. ¿qué papel representaba en la vida de Larry? Karin no quería ni pensarlo.

Estuvo un buen rato meditando todo lo que había ocurrido desde que conoció a Blake y empezó a sentir un terrible dolor de cabeza. Se acostó para intentar dormir, sin conseguirlo. Tenía los nervios excitados, y poco acostumbrada a trasnochar sentía aquel dolor de cabeza característico después de una juerga.

No tardó mucho en amanecer y cuando supuso que la señorita Ellis se disponía a levantarse la llamó por teléfono.

—Venga a verme inmediatamente, estoy realmente mala.

Un cuarto de hora más tarde llamaba Ellis a la habitación de Karin en el Shetand Hotel.

—¿Cómo es eso, señora Blake?

—Es el resultado de las tonterías que hice ayer noche.

—Voy a la farmacia a buscar algo para usted. ¿Siente dolor de cabeza todavía?

—Me arde como un volcán. He cambiado la bolsa de hielo varias veces.

Ellis se marchó, regresando al poco rato con una medicina que intentó hacer tomar a Karin.

—No es cuestión de medicinas, Ellis; tengo el corazón destrozado, y además me siento envenenada después de haber encarnado a aquella «Katherine».

—Pues abandónela antes de que «Katherine» absorba a Karin. He pasado por la oficina al venir aquí y el señor Blake todavía no había aparecido. ¿Sabe si ha marchado hacia Snow Lodge? Si es así, ¿quién le recibirá?

Karin se sostenía la cabeza y no tenía ganas de hablar.

—¡Tan alegre como estaba usted ayer!

—Soy una fracasada.

—Pero ¿qué ocurrió?

—No me quiere. Me hizo el amor creyendo que era Katherine, una mujer vulgar, estúpida, llamativa, y por lo que dijo es el tipo de mujer que le gusta. No puede usted imaginarse cómo me comporté ayer noche. Yo creía que se hubiera reído de mí, que me hubiera despreciado; pues ocurrió todo lo contrario: me hizo el amor.

—Esto quiere decir que usted presentó a «Katherine» muy bien.

—Pues la detesto. No quiero ser así.

El teléfono interrumpió la conversación.

—¿Quién habla? ¡Oh, eres tú,

Larry! Habla mi héroe—dijo Karin en voz baja a Ellis.

—¿Cómo estás, Katherine?

—Yo estoy muy bien.

—¿Has olvidado lo de anoche?

—¿Ayer noche? Si he de decirte la verdad, no recuerdo lo que ocurrió.

—Pues yo sí—dijo Blake—, y deseo pedirte excusas. Katherine, he de hablarte.

—Me pide excusas y quiere repetir la función—dijo Karin a Ellis.

—He de verte y quiero verte sola.

—Muy bien; esta noche a las ocho.

Karin colgó el aparato.

—Anoche aprendí muchas cosas, Ellis, y como he comprendido que a mi esposo le interesan las sirenas, seré una sirena.

—Usted le ama, señora Blake.

—¿Amarle? Está usted en un error; pienso separarme de él. No es el hombre que creía era.

—¿Cómo podrá separarse?

—Katherine será la excusa. Supongo que esta noche me encontrará lo suficiente bien para darle su merecido.

La señorita Ellis se despidió de Karin, deseando que todos los asuntos le marcharan bien y rogándole no dejara de acudir a ella en caso de necesidad.

A media tarde Karin ya se en-

contraba mejor. Había desaparecido el efecto de la champaña y tenía la cabeza despejada. A las ocho de la noche se dirigió al departamento que ocupaba Blake en el mismo hotel y la recibió con gran cordialidad.

—Me parece que hace un año que no te he visto.

—A mí me ocurre lo mismo. Tuvo intenciones de no venir, pero al fin me he decidido. Nunca creí que caería tan bajo.

—No hables así.

—Muy bien; lo pensaré y no lo diré para no molestarte.

—Oye, Katherine, mi socio me ha hablado de ti hoy.

—¿Miller?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Que se había prometido contigo para casarse.

—¿Qué ocurrencias!

—Más tarde he visto a Dick Williams y también me ha dicho que estaba prometido contigo.

—No hay nada de malo en ello, ¿Tienes un cigarrillo?

Blake ofreció un cigarrillo a Karin y él tomó otro. Luego le acercó el encendedor y cuando iba a encender el suyo, ella dijo:

—Enciéndelo con el mío.

—¡Gracias, Katherine! ¡No tienes idea de lo mucho que te quiero!

Eres para mí algo... algo como una estrella.

—¿Una estrella? ¿Qué utilidad tendría? ¿No sería preferible poseer una alfombra, un tapiz como el de Bagdad que nos llevara hasta la luna a recoger la nieve de la Vía Láctea? No; tampoco me interesaría esa alfombra, demasiado grande.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Un poco de champaña.

Blake le ofreció una copa.

—No podía imaginarme que fueras así.

—Pues yo sabía que tú podías serlo. Por esto he luchado conmigo misma antes de venir aquí. Es curioso, tantos hombres como he conocido...

—Te suplico que no me hables de los hombres que has conocido.

—He visitado todas las capitales del mundo, he conocido hombres ricos, hombres inteligentes, hombres irresistibles... y no obstante...

—¿Qué?

—¡Oh, nada!

—No tienes corazón.

—Lo tenía, pero tú lo has destruido. ¿Por qué tuve que tropezar contigo? ¿Por qué la fatalidad me ha hecho encontrar el marido de mi hermana? ¡Es pequeño el mundo!

—Para mí es demasiado grande. Katherine... ¿No me quieres?

—Todavía no. Por cierto, ayer no-

che no llegué a bailar contigo. Me parece que nos avendríamos.

La radio tocaba suavemente y de repente cesó la música. Se oyó la voz del locutor:

—Recuerden que Arko si lo escriben al revés se lee Okra... Pongan Arko en la sopa, en la ensalada y gustarán algo delicioso. Recuerden: Arko escrito al revés se lee Okra.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Blake.

—Ha dicho que escribiéramos un nombre al revés.

—¿Para decir esto han parado la música?

—Larry, parece que estás incómodo.

—En realidad lo estoy. Katherine, deseo hablarte.

—¿Por qué?... No solucionamos nada.

—Es que no me dejas hablar... Cuando me pongo serio para decirte lo que debo decir, empiezas a contarme tus aventuras de Singaporé y me hablas de los hombres que has conocido. ¿Es posible sostener una conversación seria?

—No tengo ningún interés en tanta seriedad.

—Pues yo, sí.

—¿Por qué?

—No puedo comportarme con

Karin en la forma que me estoy comportando.

—Esto es lo que yo dije al principio y no me hiciste caso.

—He meditado mucho durante la noche pasada.

—¿No tenías dolor de cabeza?

—No; estoy acostumbrado a trasnochar.

—Esto es lo que temo.

—No debe temerlo una mujer que ha viajado tanto como tú y que en Singaporé...

—¡Te ha hecho gracia lo de Singaporé! Era muy parecido a Dick.

—Mi situación es insostenible. Te repito que no puedo engañar a Karin. Le hablaré francamente para que me devuelva la libertad.

—¿Me prefieres a mí?

—Sí. Karin es una mujer que no necesita a nadie. Su vida ya es completa en la montaña con sus esquís. Tú eres distinta; me distraes y me atraes. Eres un sueño y una realidad. ¿Crees que Karin me devolverá la libertad?

—¿Por qué no, si le presentas el problema tal como me lo presentas a mí?

—Pues lo mejor será que partamos esta misma noche hacia Idaho para contarle lo que ocurre.

Karin se asustó.

—¡Oh, esto es imposible! ¡Jamás podría hacer esto a mi hermana!

—¿Por qué no?

—Sola tal vez lo intentaría, pero presentarnos allí los dos es algo que no puedo, no puedo hacer.

—En este caso, tú puedes marchar en el primer avión y yo seguiré en el próximo.

—No me gusta viajar en avión.

—¿Y eres tú la mujer moderna?

—No me gusta tanta velocidad. Además, me da miedo. Una sola caída basta.

La observación hizo gracia a Blake, que se puso a reír de buena gana. Sonó el timbre del teléfono.

—¿Quién habla?... — preguntó Blake.

—Aquí Ellis...

—Oye, querida... — dijo Blake, dirigiéndose a Karin.

Ellis quedó extrañada, y contestó:

—¿Cómo dice, señor Blake?

—No, Ellis, no; no se lo decía a usted. Un momento.

Separó Blake el receptor y continuó hablando con Karin.

—¿Tanto me quieres que tienes miedo de que viaje en avión?

—Más de lo que tú te imaginas. Te aconsejo que tomes un tren bien lento y bien seguro.

—Oiga, Ellis, mande sacar un billete para el segundo tren que salga hacia Snow Lodge. Voy a reunirme con mi esposa. Durante los días que yo estaré ausente, le ruego que no pierda de vista a la señorita Borg.

—¿No me tienes confianza?

—¿Todavía, no!

—¿Se queda en Nueva York la señorita Borg?—preguntó Ellis.

—Sí, se queda aquí.

Colgó Blake el receptor y su secretaria también. Esta se puso las manos en la cabeza y exclamó:

—Temo que estoy enloqueciendo rápida y rápidamente. No sé cómo puede acabar este embrollo.

Mientras Blake se preparaba para marchar en el tren hacia Snow Lodge, Karin pedía pasaje en el avión para llegar antes que él y convertirse de nuevo en la austera profesora de esquí que tanto le habla entusiasmado.

## EL REGRESO AL PAIS DE LA NIEVE

**E**l viaje en avión no representaba llegar con muchas horas de anticipo al tren, por lo que Karin si bien pudo instalarse de nuevo en el pabellón, no le quedó tiempo para guardar su equipaje ni quitarse en absoluto el esmalte rojo de las uñas, que había adoptado para encarnar a Katherine.

En el pequeño maletín de mano que había traído consigo escondió la elegante bata de encaje con que Blake la había visto en el hotel, y cuando se disponía a guardarla se abrió la puerta y apareció su marido.

Rápidamente se puso un guante para esconder la mano en que se veía todavía las uñas pintadas.

—¡Hola, Karin!

Esta pretendió que la presencia de

Blake la sorprendía extraordinariamente.

—¡Oh, qué sorpresa!

—¿No recibiste mi telegrama?

—Sí, claro que lo recibí.

—Karin, estás radiante.

—A decir verdad, nunca me encontré mejor—dijo Karin, levantándose para dar un beso a su esposo. ¡Oh, estás helado! Siéntate y coloca los pies sobre este banquito. Así estarás más cómodo.

—No merezco todo esto, todas estas atenciones.

—Espera, voy a buscar un almohadón.

—No te molestes, este maletín hará las veces.

El maletín estaba abierto y la famosa bata de encajes podía verse perfectamente. Karin, convencida

## LA MUJER DE LAS DOS CARAS

de que su marido no estaba al corriente del engaño, temió que ahora lo descubriera todo, pero Blake cerró el maletín y apoyó en él su cabeza.

—Dame la mano, Karin. ¿Por qué llevas este guante?

—Tenía la mano fría... Ya sabes, manos frías, corazón caliente. Oye... ¿te has divertido en Nueva York?

—Imposible, era un martirio estar tan lejos de ti.

—Los sufrimientos no te dejaron escribirme una carta, ¿verdad?

—Escribí centenares de cartas y las rompí. No me gustaban.

—¿No te ayudaron tus amigos?

—No vi un alma. Trabajé día y noche hasta poder regresar a tu lado.

Una expresión de incredulidad cruzó el semblante de Karin.

—Dame un abrazo, he estado soñando en que llegara este momento.

—No quiero.

—No seas tímida, Karin.

—Eres el hombre más...—la indignación que sentía le privó de terminar la frase.

—¿Karin!

—Quiero hablar claro!

—Karin, no echas a perder este momento. Ven, dame un beso.

—He dicho que no quiero.

—Te prohíbo que hables así.

—Tú no puedes prohibirme nada.

—¿No? ¿Eres o no eres mi esposa?

—No estoy segura de ello.

—Ven, Karin, no seas tan esquiva. Tú sabes que te quiero y no empieces a discutir al cuarto de hora de llegar yo a casa. Las discusiones no conducen a ninguna parte.

Karin reflexionó y se sentó junto a Blake, pasando el resto de la velada apaciblemente.

Por la mañana del día siguiente, Karin dormía tranquilamente y al despertar vió a su marido que ya se había levantado y estaba escribiendo precipitadamente.

—Larry...

—¡Hola, buenos días!—contestó él, distraído.

—¿Qué estás haciendo? ¿Me escribes un poema amoroso?

—Sí, tienes razón, una cartita amorosa—contestó él riendo.

—Estoy de buen humor esta mañana y un poema amoroso me sentará maravillosamente. Léelo, por favor.

—«Querida Karin... Muchas gracias por todo cuanto has hecho por mí. Salgo para Nueva York. Adiós.»

—Larry, ¿no habías en serio, verdad?

—Estoy más serio de lo que te imaginas.

—Indudablemente, el aire que

sopla en Snow Lodge por las mañanas te lleva hacia Nueva York.

—Sí, y esta partida es la definitiva.

—¿Sí? Pues como que ahora ya he aprendido la lección, iré contigo. No tienes más que levantar la mano y decir: vamos, e iré donde tú mandes.

—No es una mala idea. Si cuanto más lo pienso mejor lo encuentro. Ven conmigo.

—¿Sí?

—Sí, y en cuanto lleguemos a Nueva York te daré una sorpresa. Sí; te presentaré a miembros de tu familia que hace tiempo no has visto.

—¿A qué rama de mi familia has conocido?

—Una hermana.

—¡Ah, mi hermana gemela!

—¡No me digas que tienes otra!

—No; sólo tengo una, y ya es bastante.

—Yo creo que pasa de suficiente. Es la última palabra en todo.

—Me molesta esta observación, Larry.

—Te advierto que la adoro.

—Entonces ¿por qué no vas a reunirte con ella?

—Tú me lo privas. Has dicho que ibas a venir conmigo.

Karin empezaba a perder la paciencia.

—¿Qué es lo que debo hacer yo si te vas con Katherine?

—Podrías esquiar y Katherine y yo frecuentaríamos teatros y bailes.

—Es absurdo todo esto.

—Por la tarde iría a tomar el té contigo y al cabo de algunos días decidiría cuál de las dos me gusta más.

—Tal vez las dos te interesamos —dijo Karin con ironía.

—Es muy posible. No es una mala idea. Tú para la vida deportiva y Katherine...

—¿Y tú crees que mi hermana aceptaría semejantes condiciones?

—dijo la esquiadora fuera de sí.

—Tú no conoces a tu hermana.

—No quiero hablar más. Voy a cambiarme de ropa.

Sin hacer más caso a su marido, Karin abrió la puerta del baño, habiendo antes retirado el maletín donde guardaba la bata de encaje.

—Tu hermana sabe tratar a los hombres—insistió Blake, seguro de que su mujer le oía perfectamente—. Es una mujer que me comprende; en cambio, tú no me entiendes.

—¿Yo?—gritó Karin desde la otra habitación.

—No sabes mirar las cosas objetivamente.

—Precisamente esto es lo que in-

## LA MUJER DE LAS DOS CARAS

tento hacer y el resultado es catastrófico.

—¡Iremos a Nueva York; os estudiaré a las dos, me quedará con la que más me interese y jamás mirará a otra mujer.

—Ya puedes mirar a quien quieras, pero a mí no me verás más.

Karin entró de nuevo vestida con la bata de encajes.

—¡Aquí estamos las dos!

Blake se hizo el desentendido, aparentando no darse cuenta de que Karin y Katherine eran la misma persona.

—Oye, si piensas venir conmigo a Nueva York, múdate de ropa.

—¿No te das cuenta de nada?

—¡No!

—¿No has visto esta bata en alguna otra parte?

—¡Claro que sí! ¡Qué buena es tu hermana al mandarte su ropa usada! Pero no te sienta bien. No es para tu tipo. Tal vez es que yo soy un poco anticuado.

—No eres anticuado, ¡eres ciego! ¿No te das cuenta de que yo soy Katherine?

—¿Tú? ¡Infeliz!

—No me compadezcas. Te aseguro que soy Katherine. Mira...

Karin empezó a hacer las mismas monadas y coqueterías que había hecho en el restaurante de Nueva York.

—Por favor, Karin, no te portes así. Me avergüenzas.

—No te avergonzaba cuando lo hacía Katherine.

—¿Tú, Katherine? Tienes delirios de grandeza. ¡Tú, la prosaica y respetable profesora de esquí!

—¡No soy prosaica!—gritó Karin furiosa, desapareciendo de nuevo en el baño dando un tremendo portazo.

Poco rato después salía vestida de esquiadora. Blake, que estaba paseando por delante de la casa, la vio salir.

—¿Qué estás haciendo, esposa mía?

—¿No lo ves? Voy a ponerme los esquís para huir de ti.

—Me parece que no hay motivo para estar tan disgustada. Tu hermana tiene mucho mejor carácter—dijo Blake con sorna.

La esquiadora seguía colocándose los esquís y aparentando no hacer caso de su marido, pero la nerviosidad la delataba y no hallaba la manera de sujetarse los largos patines.

—Cálmate los nervios, porque tal como estás no podrás huir muy lejos.

—¿No podrías marchar a Nueva York?

—Hay varios trenes y el avión. No tengo una prisa extraordinaria. El aire de Snow Lodge es muy sano.

y recuerda que nuestra boda interrumpió mi cura de reposo.

—Quien la interrumpió fué tu socio Miller y tu secretaria.

—Supongo que no tienes nada que decir de la señorita Ellis.

—Nada en absoluto. La considero una persona encantadora. No mereces una empleada tan buena.

—Gracias, Karin. ¿Sabes qué estaba pensando?

—¿Qué voy a saber, pobre de mí!

—Supongamos que eres Katherine. En este caso, mi conducta no es

reprochable... En cambio tú eres realmente un peligro.

—¡Larry!

—Escucha, escucha. Si en ti no hubiera una Katherine, no habrías podido representar el papel tan a la perfección. Sospecho que hay más Katherine que Karin.

—¡Me insultas!

—No.

—Pero ya que lo has sugerido voy a cultivar el estilo de mi hermana... ¡Adiós!

EN BUSCA DEL AMOR

**L**A esquiadora se puso en marcha, sin hacer más caso a aquel hombre que no había hecho más que hacerla sufrir desde el día que le conoció. Ella era feliz con la nieve y los esquís, pero había tenido la debilidad de enamorarse del hombre de negocios neoyorquino que se había presentado tan distinto de lo que realmente era, haciéndola infeliz para toda la vida. Estaba decidida a separarse de él y continuar tranquila por las montañas instruyendo a los esquiadores, guardándose muy bien de dar lecciones particulares.

—¡Karin! ¡Katherine!... —gritó Blake.

La esquiadora paró y volviendo la cabeza le dijo:

—Has destrozado el corazón de las dos hermanas y no queremos saber nada contigo. No volverás a traicionarlas.

Tomando una decisión rápida, Blake se puso unos esquís para seguir a su mujer.

—¡Karin, regresa; ya sabes que yo no sé esquiar!

Ella no le hizo el menor caso y continuó haciendo zig-zags sobre la nieve con agilidad maravillosa. Blake decidió seguirla, aunque se exponía a desnucarse.

—¡Karin, espérame! ¡Te lo perdono todo!

Continuó ella jugando sobre la nieve como si no le oyera. Precipitose Blake por una pendiente y a los pocos instantes estaba dando tum-

bos y gritos de dolor. Karin corrió hacia él angustiada.

—¿Te has hecho daño?

—No; y he variado de opinión, no te perdono nada.

—¿Quién habla de perdones? He venido a ver si te has roto algo.

—No hables en este tono tan inocente. Eres la versión femenina del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, una verdadera Maquiavelo.

Blake se puso de nuevo en pie y sin darse cuenta volvió a patinar cuesta abajo.

—¡Socorro! ¡Socorro! — gritaba, asustado a medida que iba adquiriendo velocidad.

La esquiadora había resuelto no hacerle ningún caso. En su furia, poco le importaba que Blake se cayera. Este, presa del pánico, soltó los palos sin darse cuenta.

—¡Karin, Karin, he perdido los palos!

El tono de voz de Blake era patético y conmovió a su mujer. Además ella sentía el deporte y era indispensable evitar un accidente que podía tener graves consecuencias.

—¡Echate al suelo y pararás!

Quiso Larry seguir el consejo, sentándose, pero patinaba tan magníficamente como si llevara los esquís.

—¡Estoy sentado y sigo resbalando!

—¡No importa, ya pararás!

Fuese el miedo, la casualidad o lo que fuese, el caso es que Larry se puso de nuevo en pie y continuó deslizándose sobre la nieve a muy buena marcha. Karin le seguía a poca distancia.

—¡Parece que ha recobrado el equilibrio! — gritó Blake, volviendo la cabeza.

Este movimiento le privó de ver que el camino que seguía conducía a un lago.

—¡Cuidado! — exclamó Karin—. Te acercas al lago.

El aviso llegó tarde y Blake patinaba sobre una ligera capa de hielo que cedió a su peso y cayó al agua. El peligro era grande, ya que Karin ignoraba la profundidad del lago. Corrió llena de angustia hacia su marido y con la ayuda de sus palos logró sacarle de la trampa donde había caído.

Mientras la esquiadora llevaba a cabo el trabajo del salvamento, su cara demostraba la pena que sentía, y no fué hasta que le tuvo de nuevo en sitio seguro que sonrió levemente.

—Larry, ¿estás herido? ¿Te encuentras bien?

El susto y el peligro que acababa de correr Blake no le dejaban proferir palabra. Su aspecto era muy

distinto del apuesto hombre de negocios que se había presentado en Snow Lodge pidiendo que Karin le diera lecciones particulares; y ante el peligro tampoco se parecía al Larry que viera su mujer en Nueva York acompañando a la insidiosa Griselda. Pero para ella tal vez de los dos Larrys que había conocido, éste que ahora estaba muerto de miedo y que sin ella se hubiese ahogado, era el que le gustaba más. Éste la necesitaba, y sus ojos, si no sus labios, expresaban sus sentimientos.

—¡Me has dado un susto atroz, Larry! Podía haber sido un accidente muy grave.

Karin hablaba con toda naturalidad. Había olvidado todo lo pasado anteriormente ante lo que acababa de ocurrir. Blake seguía sin hablar.

—Será conveniente regresar al pabellón inmediatamente. He evitado que te ahogaras y ahora conviene evitar la pulmonía.

Blake temblaba visiblemente.

—No... no... no...

—¿Qué quieres decir?

—No... no... pue... do...

—Bueno, no hablas. Procura levantarte y ya te ayudaré a subir.

Era más fácil decir esto que hacerlo. El temblor de Blake era extraordinario, pues lo producía el

miedo y el frío, dos elementos que no podía combatir.

—Procura hacer un poco de movimiento y reaccionarás—decía Karin, muy cariñosa, golpeando la espalda de su marido para que entrara en calor.

El la observaba con curiosidad y con los ojos le daba las gracias por sus cuidados.

—Parece que estás mejor, ¿verdad?

Blake asentía con la cabeza.

Por fin consiguieron ponerse en marcha. Blake, apoyándose con uno de los palos de Karin, ya que los suyos habían quedado en la montaña cuando perdió el dominio de los esquís.

—¿Estás mejor, Larry?

El movimiento le había hecho reaccionar un poco y ya no temblaba.

—Sí... sí... casi estoy bien.

Karin sonrió satisfecha al oírle hablar y llevaba con gusto la carga que él representaba para subir la cuesta que debía conducirles hasta el pabellón.

—No habiles. Guarda todas las fuerzas para subir hasta casa.

Larry también estaba contento. Gracias a aquel accidente acababa de descubrir una nueva hermana Borg que no era Karin ni Katherine: era la mujer que él quería.

## EL TRIUNFO DE BLAKE

**L**a situación era por demás agradable para Blake y quería sacar el mejor partido posible de aquel momento.

Blake había triunfado en absoluto sobre Karin, pero tenía interés en prolongar lo más posible aquel equívoco que le había permitido conocer una nueva fase de su mujer, que en realidad no le satisfacía, pero que no dejaba de ser divertida.

Sintiéndose más fuerte a cada paso, pensó en poner nerviosa a Karin, cuya serenidad era un poco fastidiosa para él, quien puesto sobre la nieve resultaba completamente inútil.

—Karin, ¿qué te parece si nos sentáramos un momento? Apenas tengo fuerzas para andar.

—El frío es atroz y creo que estaremos mejor en el pabellón.

—Estoy seguro de que no llegaré hasta allí si no descanso antes un poco.

—Tú espera aquí y yo correré a buscar coñac.

Sin darle tiempo a Blake para replicar, Karin se deslizó sobre la nieve en dirección al pabellón en busca del estimulante que realmente creía hacía falta a su esposo.

No tardó ni cinco minutos en aquel viaje y regresó con un frasco de bolsillo, que ofreció a Blake para que bebiera.

—Gracias, Karin; me siento mucho mejor. ¡Qué apacible es la vida en este paraje!

—Y a pesar de ello estás entusiasmado con Nueva York.

—La fuerza de la costumbre. Se vive más intensamente.

—¡Demasiado!

—¡Qué sabes tú, criatura! Si sólo me viste a mí y a Miller.

—Y todavía fué demasiado. Quisiera que no existiera aquella ciudad.

—¿Tanto la tomes?

—No lo sé...

Karin se puso a hacer piruetas con los esquís mientras Blake la observaba sonriente.

No dejaba de hacerle gracia al editor ver lo admirablemente que jugaba Karin los dos papeles.

—Oye, Karin, ¿qué es lo que te gusta de Nueva York? ¿Mis amigos?...

—Ni tus amigos... ni tus amigas.

—Lo esperaba; me gusta que seas franca.

—La lástima está en que tú no lo seas tanto como yo.

—¿Es que tú crees que se puede ser ingenuo y jugar a patines y bolitas de nieve? La vida de los negocios nos lleva a mezclarnos con toda clase de gentes y en una empresa como la mía imagínate la cantidad extraordinaria de personas con quienes debes tratar.

—Tratarlas, sí; pero llevarlas a cenar, no.

—¿Griselda?

—Sí, Griselda.

—No debes darle tanta importancia; es una histérica. Después que te he conocido a ti me parece imposible que jamás me hubiese podido resultar graciosa, ni menos interesante. El contraste es muy grande.

—No tanto como tú crees. Te bastó llegar a Nueva York para empezar de nuevo con ella, en el mismo punto, donde supongo habrías terminado, cuando te dirigiste a Snow Lodge para tu famosa cura de reposo, que para mí ha sido una pequeña conflagración.

—Las mujeres sólo exageradas por sistema. ¿Qué importancia tiene que un editor invite a un autor literario a cenar?

—No tiene la más mínima importancia cuando se trata de un autor literario; pero cuando da la casualidad que este autor es una autora, se llama Griselda y salta a la vista que el editor le interesa sobremanera, entonces el convite adquiere más importancia.

—Eres muy hábil en desmenuzar los hechos.

—He aprendido más en ese viaje a Nueva York que en seis cursos de colegio.

—Eso es lo que te figuras; en realidad, sólo has aprendido una asignatura morbosa.

—¿Se puede saber cuál es?

—Sí, los pícaros celos.

—Estás equivocado; nunca he sentido celos.

—Entonces, ¿qué es lo que te mueve ahora a no admitir francamente a tu marido sino los celos?

—Lo que mantiene en mí este estado de ánimo es la fragilidad que he observado en el editor Blake.

—¿Cómo dice la profesora Borg?  
—preguntó Blake con ironía.

Karin estuvo a punto de reír, pero convenía observar mucha seriedad y tardar en ceder lo más posible; no interesaba demostrar debilidad. La aventura había sido una dura lección para Karin y quería que ahora fuese él quien la aprendiera.

—Pues estaba diciendo, señor Blake, que cuando un caballero no está convencido de si prefiere una vampiresa a una profesora de esquí, conviene darle tiempo para que reflexione. Yo aconsejaría otro viaje a Nueva York.

—Tenía entendido que sobre esto estábamos de acuerdo.

—No estoy de acuerdo en nada con el señor Blake...

—¿Todavía no?

—Creo que no lo estaré jamás.

—Temo que va demasiado lejos la señorita Borg.

—Pues todavía pienso ir más.

Karin se puso en marcha efectuando una serie de filigranas ante

su víctima, que sentía la envidia de no poderla seguir. Optó por no mirarla, a lo menos francamente, si bien por el rabillo del ojo seguía todos sus pasos.

—Karin, Karin...

Ella seguía maniobrando con todo desenfado, bordando mil dibujos sobre la nieve.

—Karin, Karin, temo que me estoy muriendo...

—No es posible—gritó ella.

—Ya podía imaginarme que no tenías corazón.

—¿Qué dices? ¿Que no tienes corazón? No importa, se vive mejor sin él.

Un momento en que Karin venía de frente, Blake se levantó e hizo como si quisiera andar y se desplomó de nuevo al suelo. Ella le vió perfectamente y creyó que se trataba de una nueva pampina por lo que siguió patinando; pero entonces fue ella quien le vigilaba con el rabillo del ojo.

Blake hizo una nueva tentativa y volvió a caer. Entonces no le cupo duda a Karin de que su marido había perdido las fuerzas y que era necesario auxiliarle. Se encontraba a bastante distancia, pero su experiencia como esquiadora le valió para situarse a su lado en cosa de minutos.

—Karin... Karin... Estoy desfilado.

—¿Has terminado el coñac?

—Se ha roto el frasco.

Tal como él decía, allí estaba el frasco partido en dos y su contenido vertido sobre la nieve.

—Ya te he dicho que lo mejor era regresar al pabellón. Estás huido y podrías coger una pulmonía muy fácilmente. Vamos, Larry, basta de tonterías.

—Eso es lo que digo yo. Basta de tonterías. ¿Por qué has tenido que darme esa exhibición de esquí? Tu deber está a mi lado, tanto más cuanto tu marido puede morir de un momento a otro.

—¿De veras te sientes tan mal?

—No encuentro palabras para describir mi estado físico y moral. Por todo consuelo te lanzas a patinar, sin comprender que esos momentos que has empleado para lucir tu pericia profesional pueden ser de enorme importancia en la vida de tu esposo. Pero poco te importa eso. Eres cruel, eres Katherine, a pesar del traje de esquiadora.

—Larry, hay cosas que no las tolero ni en broma.

—El invento no es mío. Jamás se me hubiese ocurrido jugar a dos personalidades, que estoy viendo tan mala es la una como la otra.

—Larry, me voy a patinar... si

continúas hablándome en esa forma.

—Sí, poco te importa, ya lo comprendo, el que tu marido quede delicado para toda la vida.

—Cuando te vi por primera vez...

—Te enamoraste de mí al instante.

Esta vez, Karin no pudo contener la risa y Blake se unió a la carcajada.

—Te equivocas; creí ver en ti el gran hombre de negocios que sólo buscaba un poco de descanso y distracción, pero...

—Si esto no es enamorarse, cuando menos es interesarse, sentirse atraída... o lo que tú quieras.

—No fué nada de eso.

—¿Se podría saber entonces qué es lo que fué?

—En realidad no te importa.

—No he sido yo quien se ha lanzado a explicitar las sensaciones sentidas al momento de conocernos. Recuerda que has sido tú, y has empezado como se empieza en una carta de novios... Cuando te vi por primera vez...

—Jamás creí que pudieras ser un hombre tan débil de carácter como me estás resultando.

—Karin!

—Las verdades nunca resultan agradables.

—¡Karin! ¡Karin! ¿Cómo puedes ser tan cruel conmigo? Yo pensaba

que me tenías cierto afecto, que me querías...

—No puedo quererte porque no estoy segura de que tú me quieras y no tengo deseos de volver a sufrir como he sufrido en Nueva York.

—Por favor, olvida Nueva York.

—¿Lo has olvidado tú?

—Sí, en absoluto. Cuando me encuentro en estas montañas, rodeado de nieve, a tu lado, Karin, Karin...

—Y cuando te hallas en un teatro de Nueva York a la hora de ensayo, con una literata histérica a tu lado...

—Estoy pensando qué bien se debe estar en Snow Lodge, viviendo una vida sana, tranquila, esquiando...

—No muy tranquila para ti; más bien resulta peligrosa.

—Supongo que con el tiempo adquiriré práctica y aun cuando no llegue a realizar las proezas que tú llevas a cabo sobre la blanca sábana que cubre la montaña, podré a lo menos seguirte...

—Sin perder los bastones ni caerle al agua.

—¡Qué irónica!

—¿Quieres creer que esto lo he aprendido de ti? Jamás había cultivado la ironía, la detestaba; pero es una arma eficaz contra la gente de ciudad; os hiere más que un bofetón.

—Quería preguntarte quién te dió la idea de convertirte en Katherine.

—Nadie.

—¿La señorita Ellis?

—¡No! Fué una inspiración.

—Ya comprendo, una inspiración que surgió espontánea al verme con Griselda. Creíste que me interesaba aquella persona y te entró el deseo de imitarla... Si eso no son celos, ¿quieres decirme qué es?

—Una tranquilidad enorme por tu parte.

—Karin, eres imposible; estoy pensando que me iré a Nueva York sin ni tan sólo entrar en el pabellón.

—Ya hemos quedado en que yo te acompañaría en esa segunda expedición; quiero ahorrarte el trabajo de tenerte que encontrar con otra hermana mía.

—¿Cómo se llamaría esa nueva hermanita?

—¡Salomé!

—Después de haber conocido a Katherine, ya me puedo imaginar lo que sería esa tercera versión de las hermanas Borg.

Aí decir esto, Blake rió de buena gana.

—Tenemos la virtud de hacerte gracia, a lo menos, si no logramos interesarte en serio.

## LA MUJER DE LAS DOS CARAS

—¿Cómo puedes decir que no me interesas en serio? ¿Crees tú que soy capaz de espiar y exponer la cabeza por alguien que no me interesara? ¡A veces las mujeres parecéis tontas!

—¡No lo parecemos, lo somos!

—Karin, acércate... no seas tan hurafia.

La joven esquiadora hizo lo que su marido le mandaba.

Animándose por minutos, Blake dijo:

—Karin, me parece que estás actuando equivocadamente...

—Larry, por favor.

—Es que yo no soy Larry, soy su hermano gemelo.

FIN

# Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

|                                 |                  |
|---------------------------------|------------------|
| El bailarín pirata . . . . .    | Charles Collins  |
| Melodía de Broadway . . . . .   | Robert Taylor    |
| Agencia de amor . . . . .       | Gene Raymond     |
| México Fierro . . . . .         | Gene Caryl       |
| El mundo a sus pies . . . . .   | Lily Pons        |
| Populada en vida . . . . .      | A. Nazari        |
| Detenidos del crimen . . . . .  | Richard Dix      |
| Aventura Pampeluna . . . . .    | Kate de Nagi     |
| Melodía rota . . . . .          | Willy Segel      |
| Titanes del mar . . . . .       | Victor McLaglen  |
| Cupido sin memoria . . . . .    | Ann Sothern      |
| Maria Ilona . . . . .           | Paula Wessely    |
| Poenda Irmata . . . . .         | Charles Laughton |
| El caso Vero . . . . .          | Clive Brook      |
| Quincena de Hollywood . . . . . | Joan Fontaine    |
| Los tres vagabundos . . . . .   | Heinz Rühmann    |

## SERIE ALFA

2'50 ptas.

|  |                             |
|--|-----------------------------|
| Sabú, Tótem de los elefantes . . . . . | Sabú                        |
| Tú cambiarás de vida . . . . .         | M. Redgrave                 |
| Las dos niñas de París . . . . .       | C. Barchon                  |
| ¿Es mi hijo? . . . . .                 | Lil Dagover                 |
| La última avanzada . . . . .           | Cary Grant                  |
| Vacaciones para Harvey . . . . .       | Mickey Rooney               |
| Margarita Goutier . . . . .            | Grace Garbo y Robert Taylor |
| Mortal agitación . . . . .             | Ann Harding                 |
| Una chica insuperable . . . . .        | Danielle Darrieux           |
| Soprimiendo de la noche . . . . .      | Edmund Lowe                 |
| Alarma en el espacio . . . . .         | M. Redgrave                 |
| Crimen de medianoche . . . . .         | Ramón Pereda                |
| El signo de la Cruz . . . . .          | Frédéric March              |
| El asesino invisible . . . . .         | Walter Abel                 |
| Los dos pillatos . . . . .             | Jacques Teyrol              |
| Pregmaton . . . . .                    | Leslie Howard               |
| Maria Estuardo . . . . .               | Kath. Hepburn               |
| Cuidado con lo q. hueca . . . . .      | Michael Redgrave            |
| Por la dama y el honor . . . . .       | Paul Lukas                  |
| El día que me quieras . . . . .        | Carlos Gardel               |
| El pequeño lord . . . . .              | Fred. Bartholomew           |
| Tarsán de las fieras . . . . .         | Rexor Crabbe                |
| Alburque nocturno . . . . .            | Grete Gynn                  |
| El misterio de Villa Rosa . . . . .    | Ludy Kelly                  |
| Acusada . . . . .                      | Dolores del Río             |
| Forja de hombres . . . . .             | Mickey Rooney               |
| La preferida millonaria . . . . .      | Gene Raymond                |
| Los peligros de la gloria . . . . .    | James Cagney                |
| La bella rebelde . . . . .             | Ann Sothern                 |
| Buscando fama . . . . .                | Don Ameche                  |
| Una mujer imposible . . . . .          | Jenny Jugo                  |
| El hombre del Níger . . . . .          | Victor Francen              |
| Extraños en luna de miel . . . . .     | Hugh Sinclair               |
| Andrés Harvey Tonorio . . . . .        | Mickey Rooney               |
| Fruto dorado . . . . .                 | Clark Gable                 |
| El secreto del marqués . . . . .       | Armando Falconi             |
| Irene . . . . .                        | Ana Neagle                  |
| Una hora en blanco . . . . .           | Franchot Tone               |
| La batalla . . . . .                   | Charles Boyer               |
| La familia Robleson . . . . .          | Fr. Bartholomew             |

## BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

|  |                  |
|--|------------------|
| La última feña . . . . .                     | Miguel Ligeró    |
| La reina mora . . . . .                      | Maria Anas       |
| Concepción madrileña . . . . .               | P. G. Velázquez  |
| Maria de la O . . . . .                      | Carmen Amaya     |
| ¡No quieras! ¡No quieras! . . . . .          | José Daviera     |
| Tres tres hermanos . . . . .                 | Luisa Gargallo   |
| Bohemia . . . . .                            | Emilia Allaga    |
| Don Flaripondia . . . . .                    | Valentino León   |
| Las hijas de la noche . . . . .              | Miguel Ligeró    |
| Martinale . . . . .                          | Nino Marchese    |
| Séptimo estado . . . . .                     | C. de la Gama    |
| ¿Qué risa más de mu-<br>jar fatal? . . . . . | R. de Santamaría |
| Tierras y cielo . . . . .                    | Manuel Fresno    |
| ¡Al-Al! . . . . .                            | Inés de Val      |
| ¿Quién me compra un<br>fiel? . . . . .       | Maruja Tomás     |
| Alas de paz . . . . .                        | Luis de Valois   |

## SERIE ALFA

2'50 Ptas.

|   |                   |
|---|-------------------|
| Carmon, la de Triana . . . . .                  | I. Argentea       |
| El sébete sacro . . . . .                       | L. Gargallo       |
| La Doloresa . . . . .                           | Rosita Díaz       |
| La Millana . . . . .                            | R. de Santamaría  |
| Suspiros de España . . . . .                    | Miguel Ligeró     |
| Cloria del Muncayo (Las<br>de Aragón) . . . . . | M. de Diego       |
| El octavo mandamiento . . . . .                 | Lina Yegros       |
| Rumbo al Cairo . . . . .                        | Miguel Ligeró     |
| El difunto es un vivo . . . . .                 | Antonio Vico      |
| Molinos de viento . . . . .                     | Pedro Teral       |
| La alegría de la huerta . . . . .               | Flore Santacruz   |
| El barbero de Sevilla . . . . .                 | Miguel Ligeró     |
| Sol de Valencia . . . . .                       | Maruja Gómez      |
| Metodía de arrebal . . . . .                    | E. Argentea       |
| Misterio en la Mariama . . . . .                | C. Gerdel         |
| Rosas de otoño . . . . .                        | Tony D'Algy       |
| La patria chica . . . . .                       | M. F. L. Guevara  |
| La chica del gato . . . . .                     | Estrellita Castro |
| Un anillo de familia . . . . .                  | Josita Hernán     |
| La culpa del otro . . . . .                     | Marcelo Vecino    |
| Fin de curso . . . . .                          | Luis Prondos      |
| Mi enemigo y yo . . . . .                       | Luchy Soto        |
|   | Josita Hernán     |

## SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

|                                |                  |
|--------------------------------|------------------|
| A la lima y al limón . . . . . | Miguel Ligeró    |
| La Parrala . . . . .           | Maruja Tomás     |
| Verbana . . . . .              | Maruja Tomás     |
| Rosa de África . . . . .       | Rafael Medina    |
| Noche de engaño . . . . .      | Amadeo Nazari    |
| Cautivo del desierto . . . . . | Leslie Howard    |
| Flor de espino . . . . .       | Gracia de Triana |
| Tú llegarás . . . . .          | Roberto Rey      |
| Buenas noches . . . . .        | M. Luisa Geroni  |
| Otoño . . . . .                | Roberto Rey      |

# CANCIONERO

Product: 38 cts.

MERCANTAS LLOFID  
LUIS MANDARINO (Tango)  
RODRI MUA (Jazz-Hot)  
RAMIRO RUIZ «REPIER»  
NINA DE LINARES  
IMPERIO ARGENTINA (Alca)  
PLANTIO VALDEHERRA  
EL AMERICANO  
ROSA DE ANDALUCIA  
CARLOS GARDEL  
NINO ARON  
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)  
ESTRELLITA CASTRO  
JUANITO MONTOYA  
CANILIN  
LOLA FLORES  
CARLOS GARDEL (Orquestados)  
VIANON  
PEPE BALLESTERO  
MIRCO

NINO DE MARCHENA  
RAMPER  
NINO DE UTEHERA  
FILARIN ARCO  
NINA DE LOS PINOS  
CURRO CASMONA  
GUERRITA  
TRIO HUAFANGO  
COCO DE SUELVIA  
MARTA FLORES  
MANOLO «EL GAFAS»  
JOSE SEGARICA  
PEPE BLANCO  
CARMELA MONTES  
TOMAS DE ANTOYTERA  
HUGO DEL CARRIL  
GRACIA DE THANA  
NINO DE AMADEN  
BOBARIO LA CARTUSANA  
DONET DE SAN PEDRO

Product: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA ANDA-  
LUFA»  
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO  
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ (Ago-  
tado)

Product: 1 pta.

RITMO DEL JAZZ  
IMPERIO ARGENTINA CARLOS GARDEL  
MELODIAS DE MODA  
RAFAEL MEDINA  
JAZZ y CANCIONES de MODA  
MUSA CUBANA «MACHIN»

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»  
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su Orque-  
sta (Agotado)  
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orquesta  
(Agotado)  
JAINE PLANAS y sus amigos vecinitos

Product: 125 pta.

LUISITA ESTESO  
JAZZ-HOT Orquesta Plantation  
R. GASTON y su ORQUESTA de JAZZ-  
HOT  
SELECCION de EXITOS de JAZZ-HOT  
CONCHITA PIGHER

TRIBE DORA JAZZ-HOT  
LUIS ARAGUE JAZZ-HOT  
PASTORA IMPERIO  
ANDRES MOLYO JAZZ-HOT  
CANALEIAS  
TEJADA Y SU ORQUESTA JAZZ

Product: 150 pta.

PEPE PINTO  
ADOLFO ARAGO JAZZ-HOT  
RECERDES VICINO CINE-JAZZ  
CAITOS DE LA RADIO  
GALATEA Y LUCES DE VIENA  
JULIO GALINDO JAZZ-HOT  
ORQUESTA ESPANA - JAZZ  
GONZALO LLORENS - MERICANAS  
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ  
PAUL ABEL-DONET DE SAN PEDRO  
BERNARD HILDA

MUSA ARGENTINA  
SEPULVEDA R. BOLUDA  
N.ª LEISA GERRONA - MARY MICHIE  
Y TRINISITA ARCO  
UNA VOZ Y UNA MELODIA (norm. 1)  
JOSE VALERO  
UNA VOZ Y UNA MELODIA (norm. 2)  
ORQUESTA DE MON  
MARIO GABARRON  
DONET DE SAN PEDRO  
LOS TRABAJERANTES

Pedidos a

**Editorial APAS**

Agotado 707

BARCELONA

# NOVELAS POLICIALES

A 2 ptas.

LA MASCARA DEL OTRO  
EL CRIMEN DEL SIGLO  
SECUESTRO SENSACIONAL  
LA VUELTA DE ARSENIO LUPIN  
EL DETECTIVE Y SU COMPANERA  
LOS DEFENSORES DEL CRIMEN

A 2'50 ptas.

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE  
ACUSADA  
EL MISTERIO DE VILLÁ ROSA  
BAJO EL MANTO DE LA NOCHE  
EL ASESINO INVISIBLE  
ALARMA EN EL EXPRESO  
EL SOBRE LACRADO  
LA CULPA DEL OTRO  
EXTRAÑOS EN LUNA DE MIEL  
UNA HORA EN BLANCO

Pedidos a

EDITORIAL ALAS — Apartado 707 — BARCELONA





2'50 ptas.

LIBRERÍA DE LA  
UNIVERSIDAD DE LA HABANA